The Library
of the
Universi
Endo

PQ6217
.T44
vol. 19
no. 1-12

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
vol. 19
no. 1-12

SF
BU0

a 00002 33994 5

PQ6217
.T44
vol. 19
no. 1-12

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

EKS
IVE
t on

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Las mil maravillas

ZARZUELA CÓMICA

en cuatro actos y un prólogo

MÚSICA DEL MAESTRO

RUPERTO CHAPÍ

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

Copyright, 1908,
by S. y J. Álvarez Quintero.

LAS MIL MARAVILLAS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

LAS MIL MARAVILLAS

ZARZUELA CÓMICA

en cuatro actos y un prólogo

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

con música del maestro

RUPERTO CHAPÍ

Estrenada en el TEATRO DE APOLO el 23 de Diciembre de 1908

MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1909

A LA MEMORIA DE

Ruperto Chapí

Poeta: si en el *no ser*
hay un recuerdo de ayer,
una vida como aquí
detrás de ese firmamento...
conságrame un pensamiento
como el que tengo de tí.

ZORRILLA.

Fué esta zarzuela de Las mil maravillas *la última que escribimos con el maestro. El espíritu de su Musa voló por entre las páginas de este libro como una mariposa, ennobleciendo y enriqueciendo cuanto tocó con sus alas de oro.*

Merced á esta zarzuela, sentimos una vez más el noble orgullo y el puro entusiasmo de colaborar con el gran artista que jamás profanó su pluma para lograr aplausos fáciles y plebeyos. Y al calor de la llama comunicativa de su mente creadora, nacieron en nuestra alma anhelos é ilusiones que cuando él murió se fueron tras él para siempre, como corte ideal de sus restos gloriosos...

Aparezca, pues, su nombre al frente de esta obra, por nuestra admiración, por nuestra gratitud, por cuanto perdimos al perderlo, y sean estas palabras como sencillas flores que echamos nosotros llorando sobre la tierra donde él duerme y descansa.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PRÓLOGO.—El juramento	
LA VENTERA	Aurora Rodríguez.
DON GASTÓN	Emilio Carreras.
DON SEBASTIÁN	Pedro Ruiz de Arana.
DON PACO	Vicente García Valero
DON ANTONIO	Vicente Carrión.
EL LOCO	Enrique Gandía.
EL VENTERO	Diego Gordillo.
ACTO PRIMERO.—La profecía	
LA ADIVINADORA	Joaquina del Pino.
PEPILLA LA TONTA	Elisa Moreu.
DON GASTÓN	Emilio Carreras.
PASCUALITO	José Moncayo.
JUAN	Carlos Rufart.
EL POSADERO	José Mesejo.
PEREJIL	Antonio Pérez Soriano.
UN GITANO	José Medina.
OTRO	Emilio Moreno.
UN ARRIERO	Manuel Moncayo.
UN MOZO	Enrique Gadea.
OTRO	Claudio Llorens.
UN CHIQUILLO	Antonio Maya.
UN TAMBORILERO	Luis Palacios.
Gente del pueblo	
ACTO SEGUNDO.—Pimpinela	
PIMPINELA	María Palou.
DOÑA MENCÍA	Pilar Vidal.
LA MUDA	Antonia Espinosa.
DON GASTÓN	Emilio Carreras.
PASCUALITO	José Moncayo.
JUAN	Carlos Rufart.
DON JOSÉ MARÍA	Pedro Ruiz de Arana.
DON SANDALIO	Luis Manzano.
LA ROSA	Felisa Torres.
EL CLAVEL	Araceli Sánchez Imaz.

607045

LA ROSA OCULTA	Joaquina del Pino.
EL CLAVEL OCULTO	Emilio Moreno.
UN AMORCILLO	Natividad La Hera.
OTRO	Manuela Llorente.

Rosas y claveles

ACTO TERCERO.—La noche de la cita

PIMPINELA	María Palou.
LA PIRALA	Rosario Soler.
DON GASTÓN	Emilio Carreras.
PASCUALITO	José Moncayo.
JUAN	Carlos Rufart.
CALASPARRA	Miguel Mihura Alvarez.
EL SERENO	José Mesejo.
LA FAMILIA DE LA PIRALA	Felisa Torres. Elisa Moreu. Vicente Carrión. Diego Gordillo. Victoriano Picó.
UN PAPÁ CON TRES NIÑAS	Manuel Sánchez. Isabel Carceller. Manuela Llorente. Martina Rodríguez.
DOS MAMÁS	Adelina Fernández. Ana Vizcaíno.
LOS PAPÁS DE UN PAJE	Aurora Rodríguez. Vicente García Valero.
EL PAJE	Natividad La Hera.
UN POLLO	Emilio Moreno.
UN MATRIMONIO	Araceli Sánchez Imaz. Luis Manzano.
UN AMIGO	Constantino del Vando.

Viejas y viejos, muchachas y muchachos, otros concurrentes al baile y algunos enmascarados

ACTO CUARTO.—La última farsa

PIMPINELA	María Palou.
LA ADIVINADORA	Joaquina del Pino.
LA MUDA	Antonia Espinosa.
DOÑA MENCÍA	Pilar Vidal.
DON GASTÓN	Emilio Carreras.
PASCUALITO	José Moncayo.
JUAN	Carlos Rufart.
DON JOSÉ MARÍA	Pedro Ruiz de Arana.
PEREJIL	Antonio Pérez Soriano.
UN TAMBORILERO	Luis Palacios.

Varios criados

PRÓLOGO

El juramento

Campo madrileño. A la izquierda del actor un ventorro. Es un buen día de sol del mes de Febrero.

—

Al empezar la acción está la escena sola. Dentro, á lo lejos, óyese al Loco entonar parte de su canción. Poco después salen del ventorro el Ventero y la Ventera, con una mesa tosca, que ponen al sol. Luego traen sillas, que colocan en torno de la mesa, y más tarde servicio de café para cuatro personas. En el interior del ventorro se oyen voces y carcajadas.

VENT.ª ¿Qué dices tú, si cayeran muchos días como este?

VENT.º Que nos quitábamos de estar entre estos dos pueblos, en este mal ventorro, y nos íbamos á Madrid á poner una fonda.

VENT.ª Me paece á mí que no es pa tanto, Blas.

VENT.º Siempre se exagera; tú lo sabes. Aquí está bien la mesa. Vamos por las sillas.

Entran en el ventorro y vuelven á salir en seguida.

VENT.ª ¿Y qué asunto será el que ha traído á comer en este sitio á esos señores?

VENT.º Eso no es cuenta nuestra, Higinia.

VENT.ª ¡Es que hay uno que habla de unas cosas tan raras, y está refiriendo una de portentos!...

VENT.º Anda por el café.

VENT.ª A mí, sin faltarle, se me figura un gran embustero. Vase.

VENT.º Os pereceis por charlar de lo que no importa. Paguen ellos su almuerzo, y páguenlo con rumbo, como lo han pagado, que de lo demás igual se me dan á mí pitos que flautas.

VENT.ª Saliendo nuevamente El café.

VENT.º Trae. Lo iré echando en las tazas, mientras tú avisas á los señores.

VENT.ª ¿Ves lo que te decía, Blas? El Don Gastón acaba de decir que nació ya con el bigote que ahora tiene. ¿Es eso posible?

VENT.º El Don Gastón quiere tomar café con los otros tres, y quiere tomarlo cuanto antes.

VENT.ª ¡Vaya! No has de dejarme respirar. Entrase en el ventorro

VENT.º Lo dice la copla:

Los inviernos son inviernos;
los calores son calores;
las mujeres son mujeres,
y los hombres somos hombres.

Y no hay que darle vueltas á eso.

Salen del ventorro, en guisa de haber almorzado fuerte de veras, Don Gastón, Don Sebastián, Don Paco y Don Antonio. La Ventera los sigue. Los cuatro son personas que andan entre los cuarenta y los cincuenta años. Han venido á caballo al ventorro y visten trajes apropiados al caso.

D. PACO Yo no sé qué ha estado mejor: si las judías con chorizo, el cordero con guisantes, la merluza en salsa, los callos ó el arroz.

D. GAS. Lo mejor ha sido el pollo con tomate.

D. ANT. Lo mejor ha sido el vinillo de Valdepeñas.

D. SEB. Lo mejor va á ser el café.

D. PACO Eso, eso.

Se sientan en torno de la mesa á tomarlo.

D. SEB. ¡Qué rico aroma tiene!

D. GAS. Café con aroma... Café con aroma...

VENT.ª Al Ventero (Otro embuste, otro embuste...)

D. ANT. A ver, á ver...

D. PACO Prevenidos.

D. GAS. No, no te sonrías. Café con aroma uno que tomé yo en Constantinopla. En fin, mi bar-

bero no pudo afeitarme en una semana, porque se excitaba sólo de olerme y le temblaba el pulso...

Grandes risas.

D. SEB. Entre dientes. ¡Bah! Imposible, imposible ..

D. GAS. ¿Qué gruñes tú?

D. SEB. Nada, hombre, nada; no tienes atadero. Empiezas á mentir y no acabas.

D. ANT. Pero, bueno, querido Gastón, héroe de la jornada, anfitrión rumboso, ¿es hora ya de que conozcan tus amigos el motivo de esta francachela?

D. GAS. ¿Quién lo duda? Prometí hablar cuando tomáramos el café, y ya estamos en ello. Ventera: coñac para todos.

VENT.ª Al instante. Se va y vuelve á poco con el servicio necesario.

LOCO Cantando nuevamente dentro.

¡Bendigo mi suerte!...

D. PACO ¿Qué es eso? ¿Quién canta por ahí?

VENT.º El mendigo loco.

D. SEB. ¿Loco?

VENT.º Sí, señor: un pobre viejo que está perdido de la cabeza hace muchos años. Duerme en un agujeruco que ha hecho en un desmonte, y vive de lo que le dan las buenas almas de estos contornos.

VENT.ª Para acá viene; si tienen los señores curiosidá...

D. ANT. Callemos, á ver si se le oye.

Música

LOCO Volviendo á cantar, dentro primero y aproximándose lentamente después, hasta que al fin sale. Es un viejo vestido de andrajos, de cabellos y barbas blancos y revueltos, y tez curtida por el sol. Canta sombrero en mano.

Yo como el tiempo camino,
siempre adelante, adelante,
que caminar es mi sino,
y no parar un instante
mi destino.

—

¡Bendigo mi suerte!
Yo voy como un pájaro errando
y vivo cantando
sin miedo á la muerte;
y paso volando, volando...
¡Bendigo mi suerte! Sale.

—

Cuando por el horizonte
sale el sol,
de las entrañas de un monte
salgo yo.
Y cuando tras las montañas
muere el sol,
á las profundas entrañas
vuelvo yo.

—

No hay nada en el mundo
que á mí se me oculte, que á mí se me esconda,
ni en tierra ni en cielo:
mi genio es profundo,
mi paso muy firme, mi vista muy honda;
muy alto mi vuelo...

—

Por eso bendigo mi suerte,
y voy como un pájaro errando,
y vivo cantando
sin miedo á la muerte;
y paso volando, volando...
¡Por eso bendigo mi suerte!

—

Cesa la música.

Y ahora, señores y caballeros, ¿hay una limosnita para el pobre viejo, que dicen que está loco?

D. Seb. Sí, señor: tome usted.

D. Ant. Tome.

D. Gas. Vaya; ronda completa.

D. Paco Yo no me quedo atrás, ¡qué diantre!

Loco Gracias, gracias, señores. Si no me hubieran dado nada, sería lo mismo. Yo vivo

siempre. Ni los vientos ni las lluvias me matan. Yo vivo siempre: yo soy lo que quiero.

D. Gas. Que sea enhorabuena.

Loco Destempladamente. ¿Eh?

D. Gas. No, nada, nada: que sea enhorabuena.

Loco Ninguna cosa me contarán que me sorprenda ni me asombre.

D. Paco ¡Gastón, anda con esa!

Loco ¡No me interrumpan! Yo he sido un arroyo que iba á un río, y un río que iba al mar. Y he sido el mar. Y luego he sido el cielo. Y he sido un monte tan alto, tan alto, que no llegaban á él ni las águilas. Ahora soy el Tiempo. Por eso no me muero nunca, ni me asusto de nada.

D. Seb. ¿El Tiempo es usted?

Loco Sí, señor caballero: el Tiempo soy. ¿Y el Tiempo de qué se va á asombrar? Lo que hoy estaba aquí, mañana estará allí; lo que ayer era castillo arrogante, mañana será arena...

D. Gas. ¿Sabeis que me está turbando la digestión el Tiempecito este?

Loco ¡Ja, ja, ja!

D. Gas. ¿Eh?

Loco Me río, me río: ¿no me he de reir, si soy el Tiempo? ¿si soy lo que me pide mi fantasía?

D. Paco Ya lo hemos oído.

Loco Ustedes morirán: yo no.

D. Gas. ¡Vaya!

D. Ant. Bien está, amigo, bien está. Siga su marcha, á ver si le dan más limosnas.

Loco ¿Y para qué las quiero, señor mío? ¡Las limosnas! ¡las limosnas! ¿Usted sabe lo que hago yo con las limosnas? ¡Pues esto hago! ¡Esto! Tira con rabia todas las monedas que le dieron antes. ¡El dinero me quema á mí las manos! ¡Si fueran flores!... Rompe á cantar de pronto y se aleja. Don Gastón se levanta á verlo marchar y se queda como contemplándolo un punto.

Yo voy como un pájaro errando,
y vivo cantando

sin miedo á la muerte;
y paso volando, volando...
¡Por eso bendigo mi suerte!

D. ANT. ¡Pobre viejo! Está como un chivo.

D. SEB. ¡Infeliz! Vive la vida de la quimera.

VENT.º Con permiso de ustedes voy á recoger las monedas que él despreció, porque á mí no me queman las manos. Lo hace.

D. SEB. Muy bien, ventero: usted no será el tiempo, pero lo aprovecha perfectamente.

D. PACO A Don Gastón, á quien observa pensativo. ¿Qué te pasa, Gastón?

D. GAS. ¿Que qué me pasa? Os vais á quedar con la boca abierta.

D. ANT. ¿Y eso?

D. GAS. Figuraos que yo fuí quien tuvo la culpa de la locura de ese pobre hombre.

D. PACO ¿Tú?

VENT.ª ¿Usté?

D. SEB ¡Bah, bah, bah!

D. GAS. Es la más estupenda aventura de amor que á mí me ha ocurrido.

D. ANT. Venga, venga: que se me hace la boca agua. ¿Fué en mar ó en tierra la aventura?

D. GAS. Ni en mar, ni en tierra.

D. SEB. ¡Cristiano, que no te quedan más que el aire y el fuego!

D. GAS. A eso voy. En el aire fué. En un globo.

D. ANT. ¡Ja, ja, ja!

D. PACO ¡Alto ahí! Esa no cuela.

D. GAS. ¿Cómo que no cuela?

D. PACO No, señor: porque acabas de decirnos hace media hora que jamás has subido en un globo.

D. GAS. ¡Y lo sostengo! Jamás he subido en un globo.

D. PACO ¿Pues entonces?...

D. GAS. Pero he bajado en uno.

D. ANT. ¡Agua va!

Risas.

D. GAS. Estaba yo en los Alpes cogiendo unos nidos de águilas; pasó un globo á mano, era conocido el capitán, me ofreció una copa de ginebra, me echó un cable... y adentro.

Nuevas risas. La Ventera y el Ventero se entran en el ventorro, riéndose.

D. SEB. ¡Calla, hombre, calla! ¡No puedo con estas patrañas! Más vale que os diga ya cuál es el motivo de este almuerzo.

D. PACO Sí, mejor es; que bien ha apurado nuestra curiosidad.

D. GAS. Pues oído, señores. Sabed al fin, que esta cuchipanda misteriosa y campestre, no es otra cosa que mi adiós á la soltería. Me caso. Se ríen Don Paco y Don Antonio. Me caso; me caso. En serio. Yo no sé por qué os hace tanta gracia la nueva.

D. PACO Vamos á ver, Sebastián; ¿puede creerse lo que dice tu hermano?

D. SEB. Por rara casualidad, puede creerse.

D. PACO ¿Hola?

D. ANT. ¿Hola?

D. SEB. Acaba de morir en Portugal un lejano pariente nuestro: Don Alonso Calderilla y Gómez de Vasconcellos, señor de los Campos Floridos y Caballero de la Cruz de Bronce. Este ilustre prócer era el más ardiente y apasionado defensor de las glorias de nuestro apellido, y vió con pena antes de morir, que á la sazón, todos los Calderillas existentes, ó estaban casados y sin hijos, como yo, ó estaban solteros como mi hermano. El apellido, por consecuencia, corría á sus ojos riesgo de extinguirse.

D. GAS. Y ahora viene lo bueno.

D. SEB. Don Alonso, en uno de sus frecuentes viajes por Andalucía, tuvo amores con una muchacha del pueblo, prodigio de belleza. De estos amores hubo fruto.

D. GAS. Pero no fué fruto, sino fruta, que es lo particular.

D. SEB. ¿Quieres callarte? En efecto, Don Alonso no tuvo un hijo; tuvo una hija. Y á esa hija la ha reconocido antes de morir, y le deja toda su fortuna, que es fabulosa, á condición de que se case con un Calderilla. De no ser así, no le deja más que un buen pasar, y la enorme herencia queda á beneficio de un convento de monjas.

D. PACO ¡Bonito caso!

D. ANT. ¿Y eres tú, Gastón, quien va á llevar el gato al agua?

D. GAS. Yo mismo. He nacido de pie.

D. SEB. Lo probable es que sea mi hermano. Dos Calderillas más que hay no pensamos que vayan al torneo. El uno es un mozo andaluz, sin pizca de entendimiento ni de seriedad. Pascual Calderilla se llama.

D. PACO ¿Y el otro?

D. SEB. El otro es una bala perdida. Debe de ser el más joven de los tres, y es fama que le gusta la vida bohemia, y que ha sido cómico y no sé cuantas cosas más. A estas horas no se sospecha por dónde anda, ni siquiera si está vivo ó muerto.

D. ANT. ¿Y la heredera es guapa, amigo Gastón?

D. GAS. Una idealidad; un ensueño. Me ha mandado un retrato... ¡y tiene un lunar en la punta de la nariz!...

D. SEB. ¡No mientas! Lo que sabemos de la heredera es que ha sido recogida por voluntad expresa de su padre, en la casa solariega de unos parientes de él, que viven en Pretil de las Brujas.

D. ANT. ¿Dónde?

D. SEB. En Pretil de las Brujas; un pueblo andaluz escondido en la Sierra. Según mis noticias, se vive en él en pleno siglo XVI.

D. GAS. Mañana parto para allá. Esta noche voy á pasármela quemando cartas, y rizos, y retratos, y flores secas de amores que fueron. Va á parecer que está ardiendo Madrid por los cuatro costados, pero en conciencia debo quemarlo todo. Si oís tocar á fuego, no os alarmeis mucho.

Risas.

D. ANT. Pues nada, chico; que vuelvas pronto con tu dama del brazo.

D. GAS. ¡Seguro!

D. SEB. Y que se perpetúe el apellido.

D. PACO Eso no es tan seguro.

D. GAS. ¿No, verdad?

D. PACO De los que hoy viven, ningún Calderilla ha tenido hijos, al decir de tu hermano.

D. Gas. Llégate á Buenos Aires y pregunta: Avenida de Mayo, 148.

D. Ant. ¿Tienes hijos en Buenos Aires?

D. Gas. Quince. Por cierto que al más chico de ellos me lo crió una negra, y se me está oscureciendo por días. Me trae muy disgustado.

D. Ant. ¡Ja, ja, ja!

Don Sebastián se levanta irritadísimo.

D. Seb. ¡Ira de Dios!

D. Paco ¿Qué es eso, Sebastián?

D. Seb. ¡Que me es imposible oir á este majadero con paciencia! ¡Ni sé cómo te dirijo la palabra! Soy el único hermano que ha podido aguantarte; estás en mi casa á mesa y mantel, á qué quieres boca, porque no tienes más oficio que el de mentir, y ese no da dinero; y cuando te depara tu buena estrella un medio de emplear bien tu vida y de recompensar mis sacrificios—ya que el lustre de nuestro apellido te importe un rábano,—te veo en disposición de llegar á Pretil de las Brujas, ponerte en ridículo con tus mentiras y dar lugar á que te echen de allí á pedradas.

D. Ant. Sí, señor; no puede negarse. Es así.

D. Paco Tiene mucha razón tu hermano.

D. Gas. Un poco enternecido. Sebastián... óyeme.

D. Seb. ¡Si nuestro padre levantara la cabeza!...

D. Gas. Oyeme, Sebastián. Relativamente solemne. Yo te juro, y ya que invocas la memoria de papá te lo juro por ella...

D. Seb. ¡Mira lo que dices y á lo que te comprometes!

D. Gas. Repito que te juro por la memoria de papá, que en este importantísimo viaje que emprenderé mañana, en pos de la compañera de mi vida, no ha de salir de mis labios ni una mentira sola.

D. Seb. ¿Ni una sola?

D. Gas. ¡Ni una sola! Y si falto á mi juramento, tendreis derecho á escupirme á la cara.

D. Paco ¡Bravo!

D. Ant. ¡Muy bien!

D. Paco ¡Eso es ser un hombre!

D. Seb. ¡Pues ven á mis brazos!

D. Gas. ¡Yo á los tuyos y tú á los míos! Se abrazan.

D. Seb. Eres mi debilidad, y eres una criatura. Me alegro verte en camino de enmienda.

D. Ant. ¡Bueno, basta de matemáticas! ¡A bebernos ahora mismo otra copa para celebrar las paces de los dos hermanos, y luego, en los caballos que nos han traído, á dar una vuelta por estos campos, y á Madrid otra vez!

D. Paco ¡Aceptada la idea! ¡Brindemos por las paces y por el feliz suceso de Don Gastón Calderilla y otras hierbas!

D. Gas. ¡Don Gastón Calderilla y otras hierbas, tiene el honor de despedirse en este ventorro, ante sus mejores amigos, de tramoyas y de aventuras solteriles! ¡Entro en la vida ordenada y serena! ¡Levantemos las copas! ¡Salud!

Todos ¡Salud!

Música

D. Gas. Con el rostro placentero
y gozoso el corazón,
de la vida de soltero
se despide un embustero
pirandón.

Todos ¡Pirandón!

D. Gas. Se despide un verdadero
cotorrón.

Todos ¡Cotorrón!

¡Se despide un cotorrón!

—

D. Gas. Vecinita juguetona,
remonona;
viudita frescachona,
tunantona;
desgraciada cursilona,
ya jamona,
que pensais en mi persona
con legítima ilusión,
de ese mundo zalamero
de soltero,

atractivo y lisonjero,
se despide un coquetón.

TODOS ¡Coquetón!

D. GAS. Se despide un cotorrón.

TODOS ¡Cotorrón!
¡Se despide un cotorrón!

—

D. GAS. Merendero de pardillo
y organillo;
tabernucha de cuartillo
tapadillo;
entresuelo bonitillo,
picantillo,
de la calle del Colmillo,
de la Reina ó del Carbón,
de ese mundo aventurero
de soltero,
atractivo y lisonjero,
se despide nn trapalón.

TODOS ¡Trapalón!

D. GAS. ¡Se despide un cotorrón!

TODOS ¡Cotorrón!
¡Se despide un cotorrón!
¡Tunantón!
¡Coquetón!
¡Pirandón!
¡Embrollón!
¡Trapalón!
¡Cotorrón!
¡Se despide un cotorrón!

—

D. ANT. ¡Ea, vámonos!

D. SEB. ¡Sobre la marcha!

D. GAS. ¡Salud, venteros!

D. SEB. ¡Salud!

Salen los Venteros.

VENT.º ¡Que lo pasen bien, señoritos!

VENT.ª ¡Aquí quedamos pa servirles!

D. PACO. ¡Salud!

D. ANT. ¡Salud!

VENT.ª ¡Y que el señor tenga buena fortuna en su viaje!

D. Gas. ¡Muchas gracias!

Se van por la derecha, cantando con gran algazara y alegría. Los Venteros los despiden participando de su júbilo.

Todos Mientras se alejan.

Con el rostro placentero
y gozoso el corazón,
de la vida de soltero
se despide un embustero
pirandón.
¡Pirandón!
Se despide un cotorrón.
¡Cotorrón!
¡Se despide un cotorrón!

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

La profecía

Patio de una posada en Cuevas del Río, pueblo andaluz cercano á Pretil de las Brujas. Una tapia al foro, y en ella la puerta de entrada. A la derecha del actor, en segundo término, un arco que conduce á los departamentos interiores. En primer término de la derecha y de la izquierda, y á dos ó tres metros del suelo, la puertecilla de un pajar y la de un camaranchón, respectivamente. A una y á otra se sube por escaleras de mano. Hacia el rincón de la izquierda, un pozo. Aquí y allá aperos de labranza y guarniciones de caballerías. Dos ó tres mesas toscas, sillas y bancos. Es una noche clara. Un par de faroles encendidos en las paredes y sobre cada mesa un velón.

—

Juan, mozo del pueblo, bebe vino sentado á una mesa. Dos Gitanos y un Arriero, están sentados ante otra, concertando la venta de un burro. Pepilla la Tonta, hija del Posadero, va y viene del interior al patio, trajinando. El Posadero hace cuentas con un lápiz en la pared, donde lleva el diario de su casa. Es hombre que se rasca mucho, por diversas razones.

Música

Pos. Dos perros de pimienta,
seis cuartos de maíz...
No me sale la cuenta
por mucho que me arrasco la nariz.

—

GIT. ¡Er borrico es una finca!
OTRO ¡Er borrico canta y fuma!
GIT. ¡Er borrico sarta y brinca!
OTRO ¡Er borrico es una pluma!
ARRIERO ¿Ze quién ustés cayá?
¡Zi er borrico no ze pué ni meneá!

—

JUAN Caminito arriba,
caminito abajo,
caminito alante,
caminito atrás,
ya por la verea,
ya por el atajo...
Yo estoy canzaíto:
no camino más.

—

Yo me quiziera zentar ahora
á la zombrita de un arbolito,
y en las manitas de una pastora
beber agüita de un arroyito.

—

PEP. ¡Ay, Jesú, Jesú, qué trajín!
¡Ay, Jesú, Jesú, qué bregá!
¡No hay manera de verle er fin!
¡Yo reniego de la posá!

—

Cesa la música.

POS. Continuando sus cuentas en la pared. Una peseta de sebá, dos cuartos de fósforos, diez séntimos de asuca, tres reales de pan y dos maravedís de triquitraques... ¡Cuarquiea suma esto! Sigue el hombre empeñado en su tarea, sin comprender que, aunque llamase á Pitágoras, sería igual.

ARRIERO Zi no está mu lejos de aquí, vamos donde usté diga. Al Posadero. Hasta ahora.

POS. ¿Se ha arreglao ya er trato?

GIT. Er canto e dos pesetas no le farta. Al Arriero, yéndose con él y con el otro. Miste, señó: lo mejó que tiene er burro no ha podío usté verlo toavía. Porque er burro...

OTRO Er burro...

GIT. Er burro, ¿sabe usté?...

OTRO Er burro... Desaparecen.

POS. Er burro me trae á mí ya desasonao. A Juan. Un mes yevan así.

JUAN ¿Y er burro vale argo?

POS. ¿Er burro? Si apaga usté un fósforo delante de é, se cae.

JUAN ¿Entonces pa qué lo procura el arriero?

POS. Lo querrá pa hasé con er peyejo un tambó.

JUAN ¡Je, je!

POS. Volviendo á su pared. De consiguiente que tenemos: un ochavo de matalahuva, un napoleón de trigo, y media libra e papas—porque á la estanquera le pago en papas... Vamos á sumá.

JUAN Llamsndo á Pepilla. ¡Niña! ¡Niña!

PEP. ¿Es á mí?

JUAN A tí.

PEP. Yámeme usté Tonta. Yo acudo por Tonta. Como soy tonta, tos los que vienen á la posá, ya se sabe: la Tonta pa arriba, la Tonta pa abajo...

JUAN Pos güeno está, Tonta: dime lo que te debo, que me voy.

PEP. ¿Se va usté ya? Me debe usté mu poca cosa: un reá der bacalao y otro reá der vino. Pero si me quié usté dá una peseta, como soy tonta, me queo con eya y no digo na.

JUAN Una pezeta no te daré, pero, vamos, toma tres reales y un abrazo que vale más de una pezeta.

PEP. Estése usté quieto, que yo soy tonta, pero está ahí mi padre, que no es tonto. Y á vé si güerve usté por la posá.

JUAN Zi güervo zerá por verte á tí la cara. ¿A qué hora no estará tu padre, Tonta?

PEP. ¡Ay, qué grasioso! Usté es forastero.

JUAN Forastero zoy. ¿Por qué lo dices?

PEP. Porque tos los mosos der pueblo saben bien á la hora en que no está mi padre. ¡Ja, ja! ¿Ve usté como soy tonta?

JUAN ¡Je, je!

PEP. ¿Usté también es tonto?

JUAN Yo no, hija mía. Yo no zoy más que un pobrecito hombre que busca trabajo. Esta mañana, con er zó, yegué á Cuevas der Río, y mañana por la mañanita pa Pretí de las Brujas me voy, que dicen que hay ayí muchas cazas ricas.

PEP. Sí que las hay.

JUAN Dios te guarde, Tonta. Se marcha cantando.

PEP. Vaya usté con É, simpático. Se queda embobada mirándolo Tiene ese hombre esa cosa... esa cosa espesiá que no tienen más que los forasteros. No se sabe lo que es, pero agrada. Vase al interior.

POS. Pos señó, ni ar revés ni ar derecho me sale. Lo dejaremos pa mañana. Limpiándose el sudor de la frente ¡No hay sensia como las matemáticas en er mundo!

Vuelven los Gitanos con el Arriero y cruzan hacia el interior de la posada.

ARRIERO Yo lo que voy ya es á acostarme. Güeno está por hoy.

GIT. Sí, señó, güeno está; pero mientras usté coge er sueño, podemos discurrí otro poquito.

OTRO Porque er burro...

GIT. Er burro, señó, sabe más que Lepe.

OTRO Er burro...

GIT. Déjame á mí: er burro...

OTRO Er burro...

Se retiran hablando del burro.

POS. Pa mí que er burro es el arriero. ¡Compadre, qué carga le están dando!

Llega por la puerta del foro Pascualito. Lo siguen un Mozo y un Chiquillo, con un baul y dos maletas que dejan á un lado. Pascualito es un señorito andaluz, más andaluz que señorito. Viste de marsellés y sombrero sevillano. En la mano trae un junquillo, entre bastón y fusta, con el que juega continuamente

PAS. Con gran resolución como si estuviera en su casa. Ponerlo to junto ahí en un rincón. ¡Posadero! ¡Posadero! ¿En esta posá no hay posadero? ¡Posadero! ¿Dónde está er posadero? ¡Posadero! ¡Posadero! ¿Pero no hay posadero?

POS. Sí, señó; pero no me ha dejao usté sitio pa contestarle.

PAS. ¿Es usté?

POS. Servidó.

PAS. Al Mozo y al Chiquillo. Toma. Toma tú.

MOZO Grasias, señorito.

CHIQ. Muchas grasias. Se van los dos.

PAS. Oiga usté, posadero: yo venía aquí á tomá er coche pa Pretí de las Brujas, y ar yegá se me dise que er coche pa Pretí de las Brujas no sale esta noche. ¿Quié usté explicarme eso?

POS. Sí, señó: que er coche pa Pretí de las Brujas no sale esta noche.

PAS. ¿Por qué?

POS. Porque no sale.

PAS. ¿Y si yo me voy al arcarde y me quejo?

POS. Pos á usté y al arcarde les diré entonses una coplita que se canta mucho por esta tierra.

Yo soy el amo der burro
y en er burro mando yo;
cuando quiero digo ¡arre!
cuando quiero digo ¡so!

PAS. Pues no deja de sé un abuso.

Llega Don Gastón, también seguido de un Mozo con baul y maleta

D. GAS. A ver, ¿dónde está el posadero? Al Mozo. Coloque usted eso en cualquier lado, y váyase. ¡Posadero!

POS. Presente.

D GAS. ¿Es cierto que el coche para Pretil de las Brujas no sale esta noche?

POS. Es cierto.

D. GAS. ¿Y por qué no sale?

PAS. Porque aquí el amigo, cuando quiere dise ¡arre! y cuando quiere dise ¡so!

D. GAS. Eso será á quien se lo consienta.

POS. Señores, si me guardan er secreto, voy á declararles lo que pasa.

D. GAS. Pues ¿qué pasa?

POS. Se sabe de güena tinta que er *Cariñito*... ¡er *Cariñito*'... ese bandolero que trae asustá á toa la comarca, anda por estos alreores.

D. GAS. ¡Corcho!

PAS. Con desdén. ¡Vamos, hombre, vamos!

Pos. Y no soy yo quien compromete ni á los viajeros, ni ar mayorá, ni er coche, ni las cabayerías. De día claro ya tienen las cosas otro coló. A las siete de la mañana, con la fresca, se van ustés de aquí; á las nueve yegan á Chumba Mora; ayí toman la tartana de la tía Pelendreja; la tartana los yeva á ustés hasta er río; pasan er río en la barca; de la oriya de ayá está la carreta; en la carreta van ustés hasta Cala-Bobos, y en Cala-Bobos armuersan ustés y esperan á que yegue Pili-li con sus burros, que son los que los han de condusí á Pretí de las Brujas.

D. Gas. ¡Pues está más cerca Montevideo! ¡Me he cansado sólo de oirlo á usted!

Pas. ¿Es desí que no hay más salía que pasá aquí la noche?

Pos. Ni más ni menos.

D. Gas. ¿Y se puede dormir en esta posada?

Pos. La verdá: trayendo mucho sueño, sí se pué dormí; si no, es mu difisi. Yo no engaño á nadie.

D. Gas. Sí que se rasca usted de un modo que preocupa á cualquiera.

Pos. Usté, que es más joven, pué acomodarse ahí en er pajá; y er señó, en ese camaranchón que está enfrente.

D. Gas. Convenido.

Pas. Pues tráiganos usté un jarro e vino y quítese de enmedio, que me está usté contagiando de su rasquiña.

Pos. Los señores me mandan. Vase al interior.

Pas. A don Gastón. Supongo que usté me asertará á mí un vaso e vino que yo le ofrezca.

D. Gas. Con muchísimo gusto.

Pas. ¿Vamos á sentarnos?

D. Gas. Vamos á sentarnos. Lo hacen.

Pas. ¿Un sigarriyo?

D. Gas. Venga un cigarrillo. Cogiendo el junquillo de Pascualito, que este deja un momento sobre la mesa. Hombre, qué bastoncito más gracioso.

Pas. De Manila me lo trajeron.

D. Gas. ¡Qué flexible y qué fino es!

Pas. ¿Fino? Er más gordo que tengo es ese.

D. GAS. ¿El más gordo este?

PAS. Er más gordo. Tengo uno dose veses más fino.

D. GAS. ¿Doce veces más fino? Fíjese usted en lo que dice.

PAS. ¡Y de éstoque!

D. GAS. Levantándose de un salto. (¡Anda morena! Un competidor. ¡Y yo que le juré á mi hermano!...)

PAS. Se lo regalo á usté, si le gusta.

D. GAS. Calle usted, por Dios. El rumbo... las hipérboles... Ya se ve que estamos en Andalucía. Vuelve á sentarse Lo que me tiene encantado es el tiempo. ¡Qué noche! Nadie diría que es de Febrero. Es propia de Abril.

PAS. ¡Es mucho clima er de esta tierra! No hay otro. A esersión der verano, ¿eh? Er verano es horrible.

D. GAS. ¿Sí?

PAS. ¡Horrible! Un caló de asarse. Paese que está usté siempre metío en la cosina. En fin, baste desirle á usté: en mi pueblo, á dos leguas de aquí, yega er mes de Agosto y no hay huevos crudos.

D. GAS. ¿Que no hay huevos crudos?

PAS. No, señó: de lo que sudan las gayinas ar ponerlos salen pasaos por agua.

D. GAS. Nervioso. (¡Ay!... ¡Con qué gusto te diría yo que las de mi pueblo los ponen ya fritos con tomate!)

PAS. Eso sí: en compensasión de esas calores, el invierno que dise «ayá va frío...»

D. GAS. Mintiendo por cuenta del otro, para consolarse. ¡La Siberia es una incubadora!

PAS. ¡Una incubadora! Recuerdo que hase sinco años apretó tanto er frío, que tuve yo que ponerle á mi termómetro una camiseta.

D. GAS. Saltando. Pues mire usted: á mí me sucedió una vez en... en... en...

PAS. ¿En dónde?

D. GAS. En... en... ¡en ninguna parte! (¿Para qué le juraría yo á Sebastián?) Hablemos de otra cosa. ¿Vive usted en Pretil de las Brujas?

PAS. Viviré. Yo voy ayí á casarme.

D. GAS. ¿A casarse? Aguarde usted un poco: usted es Calderilla.

PAS. Pascualito Carderiya soy. ¿En qué me ha conosío usté?

D. GAS. En varios detalles. En el bastón de estoque... en el termómetro con camiseta...

PAS. ¡Ja!

D. GAS. Pues yo, amigo, soy Gastón Calderilla: rival de usted en este caso. No es usted solo el que puede casarse con aquella niña encantadora.

PAS. ¡Compadre, qué casualidá! Choque usté esos sinco. Rivales somos, pero entre nosotros no va á habé más que noblesa y buena amistá.

D. GAS. Dicho.

PAS. Dicho.

Sale la Tonta con el vino.

PEP. Er vino, señores.

PAS. ¿Han estao pisando la uva? Échanos dos va sitos volando.

PEP. Volando va á sé.

PAS. Oiga usté, Don Canuto.

D. GAS. ¿Cómo Don Canuto?

PAS. Bajo á don Gastón. Usté aquí se va á yamá don Canuto y yo don Alejo.

D. GAS. ¿Por qué?

PAS. Porque no conviene que nos conozcan.

D. GAS. Ah, bien, bien. Como usted quiera... Don Alejo.

PAS. Yo me entiendo y bailo solo, Don Canuto.

D. GAS. Como sinceráudose con su hermano. (Sebastián, esto no es cosa mía.)

Beben.

PEP. De salú sirva, señoritos.

Suena allá dentro un redoble de tambor que á la legua dice que es de unos payasos. Se va acercando y acentuándose poco á poco. Voces de chiquillos y rumor de pueblo alborotado lo acompañan.

PAS. ¿Hola?

D. GAS. ¿Qué tambor es ese?

PAS. Títeres que habrá en la Plasa; de seguro.

D. GAS. A Pepilla, que corre hacia el foro. Oye, mocita.

PAS. Tonta, ven acá.

PEP. ¿Qué se ocurre?

PAS. ¿Es que hay títeres?

PEP. No, señó, no son títeres: es la Adivinadora.

D. GAS. ¿La Adivinadora?

PAS. ¿Qué quié desí la Adivinadora?

PEP. Una mujé que aparesió en er pueblo hase una semana, y que tiene una sensia que lee en las estreyas y lo adivina to.

D. GAS. ¿Cómo que lo adivina todo?

PEP. To, to, to: hasta lo más ocurto. ¡Me adivinó á mí una cosa que no sabía más que un novio que tuve!

D. GAS. ¿Ah, sí? ¡Que venga esa mujer! Pasaremos un rato con ella.

PAS. Sí, sí, que venga. Anda y yámala, Tonta.

PEP. Ahora mismo. ¡Pos si á mí me encandila más!... Vase corriendo.

D. GAS. ¡Vaya si la encandila! Se le han puesto los ojos como llamas.

PAS. Este pueblo está de non en er globo. Gente más novelera no la hay.

D. GAS. ¡A ver si nos adivina nuestra suerte, Don Canuto!

PAS. Don Canuto es usté. Trabajiyo le va á costá, Don Alejo. Digo, Don Canuto. Don Alejo soy yo.

Por la puerta del foro, precediendo á la Adivinadora, á Perejil y al Tamborilero que la acompañan, aparecen chiquillos, viejas y mozos y mozas del pueblo. La Adivinadora viste un traje pobre lleno de colorines. Perejil y el Tamborilero, de payasos.

Música

CORO

Está to er pueblo arborotao
desde que vino esta mujé,
porque á to er mundo le ha asertao
argo imposible de sabé.
Está to er pueblo sublevao,
atolondrao,
sobresartao...
¡Cosa de brujas debe sé!

—

ADIV. ¡Dios guarde á los caballeros!

PAS. }
D. GAS. } ¡Dios te guarde en tu camino!

PEP. Estos son los forasteros
que quieren sabé su sino.

CORO Estos son los forasteros
que quieren sabé su sino.

—

ADIV. Lo sabrán.
Les diré quienes son y adonde van.

CORO Lo sabrán.
Les dirá quienes son y adonde van.

—

D. GAS. Con Pascualito, aparte.
¡Cuánto misterio!
Esta Adivinadora
lo toma en serio.

PAS. ¡Los desatinos
que va a desir á cuenta
de nuestros sinos!

—

Un fuerte redoble de tambor le corta el resuello al concurso. Perejil abre un libro grande que trae, y hace que lee. La Adivinadora mira al cielo, cruzadas sobre el pecho las manos.

—

ADIV. Estrellitas del cielo
que me alumbrais,
decidme de estos hombres
cuanto sepais.
Decidme si algo turba
sus almas buenas
y si habrá en su camino
dichas ó penas.
Ese es mi anhelo.
Iluminad mi frente,
flores del cielo.

—

D. GAS. ¡Bonita invocación!

PER. Con autoridad y energía.
¡Chitón!
CORO ¡Chitón!
PER. Principia la experiencia:
silencio y atención,
ó fallará la ciencia
de la adivinación.
¡Chitón!
CORO ¡Chitón!

—

ADIV. Pregunta, Perejil,
que de estos caballeros
ya estrellas y luceros
me dicen cosas mil.

—

PER. ¿Cómo se llama el señorón?
Silencio. La Adivinadora lee con ansia en el cielo, como iluminada. Don Gastón sonríe con Pascualito. Perejil repite la pregunta.
¿Cómo se llama el señorón?
ADIV. ¡Don Gastón!
¡Se llama Don Gastón!
CORO ¡Don Gastón!
¿Se yama Don Gastón?
D. GAS. Perplejo.
¡Me llamo Don Gastón!
Los interesados empiezan á hacerse cruces y á contagiarse del supersticioso temor del pueblo. La curiosidad y el encanto aumentan.
PER. ¿Cómo se llama el otro tal?
Silencio.
¿Cómo se llama el otro tal?
ADIV. ¡Don Pascual!
¡Se llama Don Pascual!
CORO ¡Don Pascual!
¿Se yama Don Pascual?
PAS. Asombrado.
¡Me yamo Don Pascual!

—

D. GAS. Amigo Don Pascual...
PAS. Amigo Don Gastón...

D. Gas. Esto es fenomenal.
Pas. Yo pierdo la rasón.
Per. ¡Chitón!
Coro ¡Chitón!

—

Adiv. En una hermosa morada
que hay en Pretil,
vive una rosa encantada,
rosa de Abril.
Es una niña divina,
de alma de flor,
cuyo mirar ilumina
luz del amor.
Amantes y decididos
por ella van,
pero mustios y vencidos
retornarán.
Porque la niña sin nombre,
flor de pasión,
ya le ha entregado á otro hombre
su corazón.

—

Coro Amantes y desididos
por eya van,
pero mustios y vensidos
retornarán.
Porque la niña sin nombre,
flor de pasión,
ya le ha entregado á otro hombre
su corasón.

—

Pas. Yo no sé lo que me pasa
ni con mucho.
D. Gas. Yo no puedo echar á guasa
lo que escucho.

—

Adiv. ¡La verdad ya sabeis!
Dadme ahora una limosna, si quereis.

—

Mientras va recogiendo lo que cada cual quiere darle, el Coro hace comentarios.

CORO Es arrogante y es muy hermosa.
Mira de un modo que miedo da.
Nunca se ha visto tan grande cosa.
Eya adivina lo que será.

—

ADIV. Guárdeos el cielo, nobles señores.
Yo herí sin duda vuestra ilusión.
Si os traje espinas en vez de flores
á vuestras plantas pido perdón.

—

Al son del tambor se va con los dos Payasos por el foro. El Coro los sigue. Pepilla la Tonta también.

CORO ¡Nadie sin verlo se lo creería!
¡Crispa los nervios y da aprensión!
ADIV. Dentro. ¡Perdón!...
CORO ¡Este es asunto de hechisería!
¡Ay si existiera la Inquisisión!
ADIV. Dentro, más lejos.
¡Perdón!...

—

Cesa la música.
Don Gastón y Pascualito se miran fijamente un rato sin decirse palabra.

PAS. Don Gastón.
D. GAS. Pascualito.
PAS. ¿A usté le han dao arguna vez un martiyaso en un deo gordo?
D. GAS. No, señor; pero me he cogido la nariz en una ratonera. (Perdona, Sebastián: no está uno para nada con estas adivinaciones.)
PAS. Pues argo po el estilo es la pírdora que nos ha sortao esa mujé.
D. GAS. Sí; porque claro está que se trata de un soplo, pero...
PAS. Pero ¿quién ha soplao? Y ¿por qué ha soplao? Y ¿qué hay de verdá en lo que ha soplao?
Soplan los dos. El Posadero vuelve.
POS. Señores, si han de madrugá pa salí de aquí

por la mañana, ya va siendo hora de acostarse.

PAS. Sí, señó; ya va siendo hora. Sino que lo estamos pensando.

D. GAS. ¡Ay!...

POS. Güeno: una arvertensia. Es mu posible que á media noche sientan ustedes como que les andan en los pies. No asustarse, que es er galápago.

PAS. ¡Compadre!

D. GAS. ¡Pero, hombre!

POS. ¡Si no hase na!

D. GAS. ¡Aunque no haga nada! Yo no he dormido nunca con un galapago junto.

PAS. Yo sí; pero no era galápago; era *galápaga.*

D. GAS. Cortando la conversación. Bien, bien; que Dios nos la depare buena.

Oyese dentro un grito extrañísimo que estremece á los huéspedes.

D. GAS. ¿Qué es eso?

POS. La urraca. Es la urraca. No hagan ustés caso. Oyese un silbido. Er mirlo: er mirliyo que le contesta. Se va á la calle.

D. GAS. ¡Este posadero es Noé!

PAS. Cogiendo un velón. Vaya, buenas noches. Hasta mañana si Dios quiere.

D. GAS. Cogiendo otro. Si Dios quiere.

Cada uno sube por su correspondiente escalera.

PAS. Esto me recuerda una peripesia que me ocurrió á mí en una fragata...

D. GAS. ¡No la quiero oir!

PAS. Pues usté se lo pierde, porque es pa tirarse de risa.

D. GAS. Mejor. Desde la misma puerta de su aposento. ¿Se puede? Sentiría que el galápago me contestara que sí.

Llega Juan por el foro. En la mano trae un par de cartas.

JUAN Güenas noches.

D. GAS. ¿Eh?

PAS. Buenas noches.

JUAN Aquí traigo dos cartas: una pa Don Pascuar Carderiya y otra pa Don Gastón Carderiya. ¿Paran aquí?

PAS. Aquí quién pará, pero no los dejan. Yo soy uno.

D. GAS. Y yo el otro. A ver, á ver...

Bajan las escaleras, dejan los velones y cada uno recoge su carta.

PAS. No conozco la letra.

D. GAS. Ni yo. ¿De parte de quién vienen?

JUAN No lo zé. A mí, en mitá e la caye, me laz entregó un cabayero mu bien portao, y me dijo: «Toma un duro y yeva estas cartas á la pozá.» Y yo, por un duro, zus mercés carculen, no ya dos cartas, traigo dos perros rabiozos zi es precizo.

D. GAS. ¡Que no es preciso!

JUAN Es un decí. Conque, güenas noches.

PAS. Adiós.

D. GAS. Vete con Dios.

Vase Juan cantando.

PAS. ¿Ha visto usté qué cosa más extraña, Don Canuto?

D. GAS. No estoy de humor de motes, Don Alejo.

Se acerca cada uno á un velón y abren las cartas.

D. GAS. (Sin firma.)

PAS. (Un anonimito.)

D. GAS. Leyendo, aparte, mientras Pascualito lee para sí. «Viejo libidinoso y ruin...»

Vendrá en verso, y será un ripio
que traerá la poesía.

«Hasta el amanecer te aguardo en la Alameda Antigua, para cortarte la cabeza».

Don Gastón silba de miedo maquinalmente.

PAS. ¿Es er mirlo?

D. GAS. No, señor; creo que he sido yo.

PAS. Leyendo su carta, mientras Don Gastón repasa con la vista la suya. «Fanfarrón majadero y villano: Hasta el amanecer te aguardo en la Alameda Antigua, para partirte el corazón».

Se miran desde lejos consultándose.

D. GAS. ¿Qué es eso, Pascualito?

PAS. Aparentando indiferencia. Na: er Casino der pueblo, que me nombra sosio transeunte. Lo esperaba. ¿Y lo de usté?

D. GAS. Lo mismo. El anuncio de una zapatería. Una circular. Yo no lo esperaba.

PAS. ¿Con que una sirculá? Pues se le ha puesto á usté la cara to lo contrario de sirculá: así de larga.

D. GAS. Acercándosele. ¡Como que esto es un anónimo horrible!

PAS. ¡Y esto otro! Mire usté.

D. GAS. Tome usted.

Cambian las cartas y las leen. Se oye un grito como el de antes.

PAS. ¿Ha sido usté quien ha gritao?

D. GAS. No, señor; ha sido la urraca.—Por supuesto, el anónimo es un arma vil.

PAS. Es un arma ví, pero nos da la noche.

D. GAS. Esto es del amante de la niña.

PAS. Justo. Der mismo que ha soplao á la Adivinadora.

D. GAS. Y nos espera, dice.

PAS. Eso dise. Con súbito arranque de energía. ¡Y yo le juro á usté que hoy no duermo contento, si no es con er corasón de ese hombre debajo e la armohá!

D. GAS. ¡Ni yo, si no le arranco las entrañas para que se las coma el galápago! (Perdona otra vez, Sebastián, pero es por decoro del apellido.)

PAS. ¡Pues no fartaría más!

D. GAS. ¡Pues estaría gracioso!

PAS. ¡Templao es er niño!

D. GAS. ¡A buena parte viene!

PAS. ¿A qué hora dise que me espera?

D. GAS. ¿A qué hora me cita?

Música

Comienza á pasar por la calle alguna gente del pueblo discutiendo á gritos y dando indicios de exaltación. Llega el Posadero, que se va al interior desesperado. Detrás llega Pepilla la Tonta.

PAS. ¿Oye usté?

D. GAS. ¿Qué le ocurre á esa gente?

POS. ¡Vamos tos á perdé la cabesa con la arrastrá Adivinadora!

PAS. Pero ¿hay argo nuevo?

POS. ¡Que no anunsia más que desastres! Se va.

PEP. ¡Jesú, Jesú! ¡Jesú, Jesú!

D. GAS. ¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido?

PAS. ¿Qué es eyo, Tonta?

PEP. ¡Jesú, Jesú! ¡Miste la revolusión que ha armao! ¿Ustés no saben lo que ha dicho la Adivinadora en mitá e la Plasa?

D. GAS. ¿Qué ha dicho? ¿Qué?

PAS. ¿Qué ha dicho?

PEP. ¡Jesú! ¡Ha dicho que mañana, á la salía der só, se encontrará la gente dos hombres muertos á puñalás en la Alamea Antigua! ¡Jesú, Jesú! ¡Padre! ¡padre! ¡Jesú, Jesú! Vase despavorida al interior.

D. GAS. Temblando como un azogado. Bueno... hasta mañana si Dios quiere, Pascualito.

PAS. Lo mismo. Si Dios quiere, querido Don Gastón. Coge cada uno su luz, y en vano pretenden subir las escaleras de sus aposentos. Las piernas les fallan.

D. GAS. Sí, porque...

PAS. ¡Desde luego!...

D. GAS. Porque... ¿para qué vamos á...?

PAS. ¡Entendido!... Lo que usté quiera... El anónimo es un alma ví...

D. GAS. Que usted descanse...

PAS. Muchas grasias...

D. GAS. ¿Eh?

PAS. ¿Cómo?

D. GAS. Nada...

PAS. Nada, nada...

Por la calle, rodeada del pueblo y acompañada de Perejil y del Tamborilero, que toca desaforadamente, pasa la Adivinadora entre la gritería general.

CORO ¡Nadie sin verlo se lo creería!
¡Crispa los nervios y da aprensión!
¡Este es asunto de hechisería!
¡Ay si existiera la Inquisisión!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Pimpinela

Frondoso jardín en el palacio de Don José María, en Pretil de las Brujas. A la izquierda del actor se supone que está la casa, y á la derecha la entrada al jardín. Varias sillas y dos mecedoras. Es de día.

—

Oyense los últimos compases de un Coro interior compuesto por Doña Mencía, vieja ridícula, hermana de Don José María, y por un maestro de la localidad. A poco sale la buena señora por el fondo, realmente admirada de su propia obra.

D.ª MEN. ¡Oh! ¡Precioso! ¡Preciosísimo! Este ensayo me asegura el éxito. ¡Gracias sean dadas á la compañía de opereta que está aquí de paso!

Aparece por la izquierda Don José María, dispuesto para salir á la calle, según cree él. Trae á un lado el lazo de la corbata, un pernil de los pantalones doblado, un zapato en un pie y una bota en el otro.

D. JOSÉ ¡Ea! Vamos á esperar á los viajeros.

D.ª MEN. ¡Pero, hombre! Pero ¿cómo vas?

D. JOSÉ En coche voy á ir: ¿no está ya enganchado?

D.ª MEN. ¡Siempre fué desaliñada la ciencia! ¡Jesús, Jesús! Mira qué irrisión. Llevas una bota y un zapato.

D. JOSÉ Es que me lastima la bota de este pie.

D.ª MEN. Pues haberte puesto los dos zapatos.

D. JOSÉ Es que el zapato de este pie también me lastima. No me hables, que estoy echando los colmillos. ¡A qué buena hora se le ocurrió morirse á nuestro pariente el portugués, y reconocer á esa niña, que es una cabra loca, y endosárnosla y meternos en este berengenal del casorio!

D.ª MEN. Calla, calla. Bien poco te ha molestado el asunto hasta ahora.

D. JOSÉ ¿Bien poco? ¡Quince días hace que apenas puedo trabajar en mis inventos! No sabe la humanidad lo que pierde. Allí está muriéndose de risa mi gran idea de levantar el piso en toda la Mancha. Y allí está también, durmiendo el sueño del olvido, mi enorme proyecto sobre el monopolio del aire. ¡Friolera! «¿Usted quiere respirar? Usted me compra á mí el aire ó no respira.» ¡Una tontería! ¡Y es la cosa más simple! ¡Lo de siempre, señor! ¡El huevo de Isabel la Católica!

D.ª MEN. De Colón, hermano.

D. JOSÉ El huevo lo cascó Colón, pero era de las gallinas de Isabel la Católica, como yo demostraré muy pronto en un folleto.

D.ª MEN. Bien, bien: vete aprisita no llegues tarde y quedemos mal con nuestros huéspedes. Ya que en Cuevas del Río se han visto obligados á demorar su viaje dos días más por la inesperada crecida de las aguas, que al llegar aquí encuentren todo género de atenciones.

D. JOSÉ Las encontrarán.

D.ª MEN. Y eso que, al fin y al cabo, cuanto estamos haciendo por cumplir la voluntad del difunto me temo que nos resulte infructuoso.

D. JOSÉ ¿Por qué?

D.ª MEN. Porque la niña es montaraz; selvática. No quiere vestir, no quiere aprender, no quiere educarse. Es una voluntad arisca.

D. JOSÉ Abstraído. ¡Oh! ¡Como yo consiga vender el gas en grano, el negocio es hecho!

D.ª MEN. ¿Qué hablas ahí de gas?

D. José ¡Chifladuras!

Sale por la izquierda la Muda, criada joven, simpática y graciosa.

D.ª Men. Hola. ¿Qué traes tú aquí?

Muda Expresa por señas y sonidos inarticulados que allá dentro aguarda alguien á la señora

D.ª Men. ¿Me llaman?

Muda Signo de asentimiento.

D.ª Men. ¿Quién es?

Muda Indica que es la profesora de baile.

D.ª Men. ¡Ah! ¡la maestra de baile de la niña! Ya voy, ya voy.

Se van Doña Mencía por la izquierda y la Muda por la derecha.

D. José También ha sido empeño el de Mencía en que se quede esta muda en casa. Las mujeres, á lo mejor, parecen locas.

Atraviesa Juan el jardín con una regadera en la mano. Es el mozo que hemos visto en la posada de Cuevas del Río, y que actualmente sirve de jardinero en la casa.

Juan Cantando.

Morena tiene que zé
la tierra para claveles...

D. José ¡Eh! ¡eh! ¡El de la regadera!

Juan Zeñorito.

D. José ¿Tú eres el jardinero nuevo?

Juan Desde antié. ¡Bendigo la hora en que ze me ocurrió vení á Pretí de las Brujas y yamá á las puertas de este palacio!

D. José Pues acuérdame que hablemos luego sobre mi injerto de la patata y el clavel, para obtener el clavel-patata. La unión de lo útil y lo agradable, ¿estás? Que te cansas de oler el clavel: ¡le hincas el diente á la patata! Hasta la vista. Vase por la derecha.

Juan Vaya usté con Dios.—¡Er clavé patata!... Dicen que está loco; pero está más loco de lo que dicen.

Se interna por el jardín, cantando.

Morena tiene que zé
la tierra para claveles,
y la mujé para el hombre
morenita y con desdenes.

Música

Llega Pimpinela corriendo por la izquierda como huyendo de alguien, que seguramente es Doña Mencía. Es una muchacha gentil é inquieta. Peina y viste á lo popular andaluz, con sencillez y gracia.

PIM. ¡Ay, zeñó, qué fastidio de vieja!
¡Vinge qué pezá!
¡Ni peinarme á mi gusto me deja!
¡No hace más que zumbarme en la oreja!
¡Yo me vi á escapá!

—

¡La leción de habla,
la leción de canto,
la leción de varzes
y de rigodón;
y er francés de día,
y el inglés de noche,
y er tocá er piano,
y er tocá er violón!
¡Vinge, qué tormento!
¡Vinge, qué penzión!
¡Ya me tiene frita
tanta educación!

—

Que no me rasque por la narí;
que zi me ziento no enzeñe na;
que está ordinario tanto reí;
que no ande nunca con este andá;
que la cuchara ze coge azí,
y que er trinchante ze coge azá.

—

¡Déjeme de tanta coza!
¡No me aburra, por favó!
Cada tierra da zu roza:
cada roza da zu oló.

—

Pobrecita,
zenciyita,

modestita,
humirdita
yo nací:
humirdita,
modestita.
zenciyita,
pobrecita
zeguiré,
¡y er que no me quiera azí...
ezo va perdiendo é!

—

Cesa la música.

Vuelve la Muda por la derecha, y al reparar en Pimpinela se le pone delante y le dice con un gesto que la halla muy bonita. Juan, desde el fondo, observa la escena como distraído.

PIM. ¿Bonita?

MUDA Le señala la cara.

PIM. ¿La cara? ¿Bonita la cara?

MUDA Asiente, y le señala el cuerpo, riéndose.

PIM. ¿Y bonito er cuerpo?

MUDA Le da á entender que toda ella es bonita.

PIM. Ah, vamos; que de arriba abajo te gusto.

MUDA Asiente con gran regocijo y se va por la izquierda riéndose y mirándola.

PIM. ¡Pobrecita! ¡Me da una lástima de la muda! Zi yo fuera muda, estayaba.

D.ª MEN. Dentro, llamando. ¡María Luisa!

PIM. No voy.

D.ª MEN. ¡María Luisa!

PIM. Que no voy.

D.ª MEN. ¡María Luisa!

PIM. No voy, no voy, no voy. Refuerza su determinación con unas graciosas y enérgicas taconaditas en el suelo, que acostumbra emplear á veces cuando las razones no le bastan.

JUAN Acercándose á ella. Zeñorita María Luiza, ¿no oye usté que la yama la zeñora?

PIM. No, que no me yama. Mi nombre no es María Luiza: mi nombre es Pimpinela. Y la vieja ze ha empeñao en decirme María Luiza; y yo me yamo Pimpinela. En mi Huerto azí me nombraron desde que vine ar

mundo, porque nací junto á un rozá de rozas pimpinelas. Y como mi madre me ha yamao ziempre Pimpinela, y miz abuelos Pimpinela, y to er mundo en er pueblo Pimpinela, me yamo Pimpinela, y zoy Pimpinela, y no respondo más que por Pimpinela.

D.ª MEN. Llamando, como antes. ¡Pimpinela!

PIM. Azí me yamo yo.

D.ª MEN. ¡Pimpinela!

PIM. Zólo que ahora tampoco voy. Porque ¿tú zabes pa lo que me quiere? Pa que me perejile. Dice que no está bien que yo reciba á ezos zeñores que van á yegá con estos corales y este vestío. Y en zu vía han visto ezos zeñores coza mejó.

JUAN Ya ze pué apostá argo.

PIM. ¿Qué ze pienza? ¿Que yo me vi á arreglá á lo zeñorita pa ponerme en redículo? ¡Pos no, pos no, pos no! No me perejilo y no me perejilo. Porque zi yo me perejilo, y ze me ocurre í ar Huerto e mi madre, y mi madre me ve perejilá, tiene mi madre riza pa to er día. No me perejilo, no me perejilo, y no me perejilo.

JUAN Y dígame usté, zeñorita Pimpinela, y usté me dispenze la pregunta: ¿ezos dos zeñores vienen á cazarze con usté?

PIM. Zegún.

JUAN ¿Cómo zegún?

PIM. Zi me peta arguno, me cazo; zi no, no me cazo. Yo no me cazo zi no ze me intereza er corazón.

JUAN ¡Pero zi me ha dicho la cocinera que zi usté no ze caza con arguno de eyos, una fortuna mu grande mu grande que hay va á pará á manos de unas monjas!...

PIM. Que vaya. Y que ze cazen las monjas zi quieren; que pué que me lo agradezcan argunas.

JUAN ¡Je, je! Usté dice toas ezas cozas porque tendrá otro novio en zu pueblo.

PIM. No, que no tengo novio ninguno.

JUAN Vaya que zí.

PIM. Vaya que no.

JUAN Como que usté, tan precioza, iba á está zin novio.

PIM. Pretendientes he tenío pa hacé con eyos un peineciyo de arfileres; pero por ninguno ze me ha interezao er corazón. ¿Y tú, tienes novia?

JUAN ¿Y á mí quién va á quererme, zeñorita?

PIM. Una mujé, zo tonto.

JUAN ¡Zi me quiziea la que me gusta!...

PIM. ¿Te gusta una?

JUAN ¿Que zi me gusta? Ze me ha metío en la frente, y no me zale de eya ni cuando estoy dormío, que no manda en uno la voluntá.

PIM. Tenemos que hablá de ezo.

Se siente hacia la derecha el cascabeleo de un coche que llega á la entrada del jardín.

JUAN ¡Er coche! ¡ahí está er coche!

PIM. ¡Ay, vinge, qué zusto!

JUAN Quéeze usté con Dios; no ze enfaen los zeñoritos de verla á usté hablá con er jardinero.

Se va por el fondo.

PIM. Inquieta ¡Ay, qué zusto, qué zusto! ¿Cómo tendrán la cara? Yo me vi á escondé. A mí no me encuentran en to er día. Cogiendo de improviso una flor que hay en el suelo y deshojándola nerviosamente. Me cazo, no me cazo; me cazo, no me cazo; me cazo, no me cazo; me cazo, no me cazo; me cazo, zi no ze me intereza er corazón! Volviendo al taconeo. ¡No me cazo, no me cazo y no me cazo! ¡Huy, ya vienen ahí! ¡Yo me escondo, yo me escondo! ¡Conmigo no dan! ¡conmigo no dan! ¡conmigo no dan! Echa á correr jardín adentro, volviendo la cara como si fuera perseguida. Llega Doña Mencía á tiempo de verla correr.

D.ª MEN. ¿Adónde irá esa gata montesa? No hay quien la gobierne... ¡Ay! Estoy emocionadísima con mi composición... El maestro está lo mismo. Al sentir el coche, lo he visto ponerse pálido en lo alto del ciruelo, desde donde dirige. Aquí llegan.

Música

Por la derecha del foro salen, con Don José María, Don Gastón y Pascualito, nuestros conocidos.

D.ª MEN. Pasen á honrar esta morada.

D. GAS. }
PAS. } Es honra nuestra entrar aquí.

D.ª MEN. Callemos todos un instante
y hablen las flores del jardín.

—

Dicho y hecho. El del ciruelo se conoce que agita la batuta, y el Coro oculto suena por todos lados. Pascualito y Don Gastón se miran atónitos y se preguntan con la vista de dónde y cómo salen aquellas voces. A Doña Mencía se le cae la baba.

—

CORO Trovadores,
caballeros triunfadores,
bien venidos al Torneo seductor:
bellas flores,
démosles nuestros olores
y brindémosles la dicha del amor.

—

D. GAS. ¡Espléndido!
PAS. ¡Fantástico!
D. JOSÉ Son cosas de Mencía,
espíritu poético.
D.ª MEN. Ruborosa.
¡Por Dios, José María!

—

Hable pronto la Rosa,
ya que no hay flor más pura y olorosa.

—

ROSA Mis colores ya se han apagado,
y mi aroma ya se consumió,
porque en este jardín ha brotado
una rosa más linda que yo.

—

Del fondo del jardín salen una Rosa y un Amorcillo danzando delicadamente. La Rosa languidece de pena; el Amorcillo la asiste, la anima, la consuela y al fin se la lleva a lo interior del jardín. Durante esta danza el Coro oculto canta lo que sigue.

—

CORO

Pierde color y perfume
la rosa bella,
y de pena se consume.
¡Ay, pobre de ella!

—

D. GAS. ¡Magnífico!
PAS. ¡Quimérico!
D. JOSÉ Son cosas de Mencía:
es ella todo espíritu.
D.ª MEN. ¡Por Dios, José María!

—

Hable pronto el Clavel,
ya que no hay flor tan bella como él.

—

CLAVEL

A mí se me va la vida;
mi reino llegó á su fin;
porque una boca encendida
me ha vencido en el jardín.

—

Como antes el Amorcillo y la Rosa, salen por el fondo un Clavel y otro Amorcillo, y ejecutan una danza semejante, mientras se oyen las voces interiores.

—

CORO

¡Ay, triste del clavel,
sin vida y sin color!
¡Fué gala del verjel
y muere de dolor!

—

Aparecen por diversos lados otros Claveles, Rosas y Amorcillos, y danzan caprichosamente, dispersándose á los últimos acentos del Coro interior.

—

Y así morimos todas las flores,
nobles señores,
ante esta nueva rosa gentil,
porque es tan linda, porque es tan bella,
que allá en el cielo fuera una estrella,
y es en el suelo gala de Abril.

—

Cesa la música.

D. GAS. Señora mía, agradecido y encantado á la par, la felicito á usted por esta peregrina ocurrencia.

D.ª MEN. ¡Oh! ¿Qué menos para recibir á quien tanto vale, y á quien por tanto viene? Voy por ella. Pero háganme la merced de sentarse. (Los dos son muy apuestos... Pimpinela sólo se casará con uno... Sobra otro.) Se va por la izquierda.

PAS. (La mujé que vende los mostachones en la estasión de Utrera, tiene toa la cara de esta vieja pintá.)

Por entre la espesura de la derecha, hacia el fondo, surge en esto una extraña figura. Es Don Sandalio Hormigo, el notario del pueblo. Viste de negro, usa gafas negras, bigote negro y recortado y mosca también negra. El chaleco es blanco, con botones negros. En lo alto de la calva lleva otro pedacito negro por el estilo del bigote y en las sienes dos parches negros. Trae bastón negro, con puño de marfil.

D. JOSÉ ¿Quién llega?

PAS. Fijándose en el individuo. (¡Er seis doble!)

D. SAN. Señores míos...

D. JOSÉ ¡Oh, Don Sandalio! ¡Querido Don Sandalio! Presentándolo. Don Sandalio Hormigo, notario de la localidad.

D. SAN. Muy servidor de ustedes. A los señores no necesita usted presentármelos, porque ya sé quién son. Háganme la merced de sentarse.

D. JOSÉ ¿Y usted?

D. SAN. Yo no me siento, para dar mayor solemnidad á lo que he de decirles.

D. JOSÉ Está bien. Sentémonos, señores.

D. GAS. Sentémonos.

D. SAN. Yo, señores de Calderilla, fuí amigo íntimo

—me cupo esa honra—de Don Alonso Calderilla y Gómez de Vasconcellos.

Se inclinan con respeto los dos Calderillas presentes.

D. GAS. En paz descanse.

PAS. Santa Gloria haya.

D. JOSÉ Amén.

D. SAN. Pues bien, señores: anoche estuve hablando con él.

Don Gastón y Pascualito se levantan del susto.

D. GAS. ¿Pero ha resucitado?

D. JOSÉ Este señor es espiritista.

D. GAS. ¡Ah!

PAS. (¡Vaya! Otro loco.)

D. SAN. Yo evoqué su espíritu anoche en mi alcoba, y como siempre, acudió solícito á mi llamamiento. Y en su virtud, vengo á revelar lo que hablamos, por estimarlo caso de conciencia. En primer término, me dió las señas personales de ustedes y me elogió sus prendas; y seguidamente añadió, recalcándolo mucho: «¡No son Don Gastón y Don Pascual los dos únicos hombres que pueden aspirar á la blanca mano de mi hija! ¡Hay un tercero, que se supone muerto ó perdido, y que aún vive! ¡Deber de todos es buscarlo!»

D. JOSÉ ¿Y no le dijo á usted hacia donde se le podría encontrar poco más ó menos?

D. SAN. Tal vez me comunique esta noche más datos. Anoche no pudo, porque lo llamó otro espíritu con gran urgencia, y tuvo que irse. Pero fíen ustedes en que noticia que me dé el difunto, será la misma que yo me apresure á traer aquí.

D. GAS. A Pascualito. (Pues, señor, no vamos á tener digestión tranquila.

PAS. A Don Gastón ¡Y que yo con muertos no quieo na! ¡A mí me ha desconsertao este mo chuelo!)

D. SAN. He dicho cuanto tenía que decir. Y como no era otro mi propósito, y ustedes acaso necesiten recogerse á meditar sobre mis palabras, me ausento. Señores... Hasta mañana, si Dios es servido. Nadie se moleste. Hasta mañana. ¡Que nadie se moleste, repito! Has-

ta mañana. Se va solemnemente por donde llegó.

Todos lo miran desaparecer, en silencio.

D. José — Cuando ya no se ve al notario. ¡Está loco! ¡Loco!

Pas. — Hombre, me alegro que lo diga usté.

D. Gas. — Y yo.

D. José — ¡Completamente loco! Y cuenta que de la misma hechura es todo el pueblo. Milagros, fantasmas, aparecidos, espíritus puros... Yo soy al revés: razón, lógica, números, habas contadas. Tanta fuerza tiene este motor; tantas bujías tiene esta bombilla. Dos por dos, cuatro. A mí no me den ustedes lo espiritual ni lo incorpóreo: á mí denme ustedes algo material, algo tangible: ladrillos, vigas, barrotes de hierro...

Pas. — (Y hases una jaula, que te está hasiendo muchísima farta.)

D. Gas. — (¡En buena casita hemos caído!)

D. José — Aquí sale la niña.

D. Gas. — ¡Ah!

Pas. — ¡Ah!

D. José — Yo, con licencia de ustedes, voy allá dentro á dar algunas órdenes á los criados. Se va por la izquierda.

Pimpinela viene de la mano de Doña Mencía, no digamos que á remolque, pero poco menos.

Música

D.ª M N. — Presentándolos.

Aquí está la flor sencilla
arrancada de un rosal.
Los señores Calderilla
Don Gastón y Don Pascual.

La saludan corteses. Ella hace un mohín.

—

D. Gas. — (Su carita es como una estrella.

Pas. — Su boquita es como una guinda.

D. Gas. — No soñé que fuese tan bella.

Pas. — No pensé que fuese tan linda.)

—

Pim. — (¡Vinge mía qué dezazones
va á costarme mi cazamiento!

¡Zi mi padre ve estas viziones
hace añicos zu testamento!)

—

D. Gas. Dirigiéndose galantemente á Pimpinela.
Bendigo la suerte mía
que me trajo á este confín
á ver lo que no creería:
la aurora en medio del día,
iluminando un jardín.

Pas. (¡Vaya una cursilería!)

—

D.ª Men. ¡Qué madrigal más bello!
¡Qué flor más oportuna!
¡Cómo demuestra en ello
lo noble de su cuna!

—

Pim. Yo quiziera respondé
á ezas flores que me ha dicho zu mercé,
pero estoy tan zorprendía
y aturdía,
que tan zólo ze me ocurre echá á corré.

—

Pas. Dirigiéndose á ella como Don Gastón.
Si es que en mi sino está escrito
que yo en ese corasón
yegue á tener un laíto,
no me cambio ahora mismito
ni por Cristóbar Colón.

D. Gas. (¡Te has lucido, Pascualito!)

—

D.ª Men. ¡Qué garbo y qué salero!
¡Qué gracia y simpatía!
¡Se ve que es caballero
de nuestra Andalucía!

—

Pim. Yo que zoy muy naturá
á eza gracia le quiziera contestá;

pero no le correspondo,
ni respondo,
porque estoy una mijiya atortolá.

—

D. Gas.
Pas.
Preciosa es la muchacha:
fortuna Dios me dé
para que yo á mi tierra
me lleve este clavel.

—

D.ª Men. Galante es el más viejo,
gallardo es el doncel.
¡Dichosa Pimpinela
que puedes escoger!

—

Pim. Zi no hay otros parientes
que tengan maz *aqué*,
ar Huerto de mi madre
muy pronto vorveré.

—

Cesa la música.

D.ª Men. Y ya que la niña y ustedes han saciado su natural curiosidad de verse las caras, ¿quieren los señores pasar á sus habitaciones un momento?

D. Gas. ¡Oh, feliz idea! ¿Cómo no?

D.ª Men. Pues síganme, si así les place.

Se encaminan hacia la izquierda la señora y los dos caballeros.

Pas. Al pasar junto á Pimpinela. Tiene usté unos ojos, que miran ar só, y estornuda.

Pim. ¿Quién?

Pas. Er só.

Risas generales.

D.ª Men. ¡Donosa hipérbole!

D. Gas. (No, pues una hipérbole no es una mentira. Yo no debo ser menos.) A Pimpinela. Por verla á usted una vez más, iría yo á América á pie.

Pim. ¿A pie?

D. Gas. A pie cojito.

PIM. ¿Y qué iba usté á hacé con er má, zeñó?

D. GAS. Bebérmelo: y así tendría la mitad de la sal que usted tiene.

PIM. ¡Vinge!

Nuevas risas.

D. GAS. (¡Estornudos á mí!)

D.ª MEN. Compiten en ingenio los dos galanes. Vamos.

Se marchan los pretendientes detrás de la vieja mirando siempre á la muchacha, y por mirarla y no mirarse tropiezan el uno con el otro.

D. GAS. ¡Ah! Usted dispense.

PAS. No hay de qué.

PIM. Una vez que desaparecen todos. ¡Ay, madre, qué deslucíos que zon! ¿Y me vi á cazá yo con uno de ezos tipos? Yo no me cazo, yo no me cazo, yo no me cazo.

Sale Juan. Trae una pala al hombro.

JUAN Zeñorita.

PIM. ¿Qué ocurre?

JUAN ¿Ezos zon zus dos novios, verdá?

PIM. ¡Qué más quizieran eyos! Ni aunque estuvieran bordaos en oro, cargo yo con zemejantes fachas.

JUAN ¿No?

PIM. No y no. Me moría der zusto. ¡Encerrarze una zola en zu caza de noche con doz hombres extraños!

JUAN Zería con uno de eyos na más.

PIM. ¡Ni con dos, ni con medio, ni con uno! Yo no me cazo zi no ze me intereza er corazón.

JUAN Suelta la pala, y cambiando repentinamente de entonación, de actitud, de ademanes, con verdadero asombro de la mecita le dice: Y hace usted lo que debe. Se lo digo con toda la sinceridad de mi alma.

PIM. ¿Eh?

JUAN María Luisa, divina Pimpinela, ¿tengo yo traza de gañán?

PIM. Pero ¿usté quién es? ¡Ay, qué miedo de hombre! ¡Zi parece otro!

JUAN Ahora soy el que soy: el otro es Juan el jardinero. Yo no soy más que un caballero enamorado.

PIM. ¿Pariente de los forasteros?

JUAN No. Si lo fuera, ¿tendría necesidad de esta astucia, de este disfraz de que me he valido para llegar adonde está usted? Yo he sabido que usted debía ser muy pronto de uno de los dos, y he querido, en las últimas horas de su libertad, vivir cerca de usted, respirar donde usted respire, coger las flores que usted arroje al suelo, robar un pañuelo que usted pierda... Dice esto mostrándole uno de la muchacha.

PIM. ¡Mi pañuelo er de las pintitas!

JUAN Su pañuelo.

PIM. Conmovida. ¡Pos me gusta á mí esta zorpreza, no vaya usté á creerze!

JUAN ¿De veras? ¿No le enoja á usted lo que he hecho?

PIM. No, zeñó, que no me enoja: ar contrario. Porque cuando un hombre hace una coza azí... ¡es porque ze le ha interezao er corazón!

D.ª MEN. Dentro. ¡Pimpinela!

PIM. Me yaman.

JUAN De esto sí que hablaremos, ¿verdad?

PIM. ¡Digo zi hablaremos!

JUAN ¿Cuándo?

PIM. Cuando estemos zolos, como ahora.

D.ª MEN. ¡Pimpinela!

PIM. ¡Ya voy!

JUAN Vaya usted, vaya usted.

PIM. Zí, zí; no ze escame la bruja.

JUAM Adiós, Pimpinela. Usted es la que no se me sale de la frente, ni en sueños.

PIM. ¡Vinge qué coza! Esto parece una letura, una letura, una letura...

D.ª MEN. ¡Pimpinela!

Vase esta por la izquierda precipitadamente, cantando de alegría.

Música

PIM.

Lenguaje de las rozas
y los claveles,
voy buscando en er mundo
cómo ze aprende.

JUAN ¡Bonita es como un capullito temprano!

Vuelve á coger su pala, y echándosela al hombro, se interna por el jardín cantando como Pimpinela.

Tan zólo por un gusto
zoy jardinero:
por yevarle mis flores
á quien yo quiero.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La noche de la cita

Una plazoleta irregular en Pretil de las Brujas. A la izquierda del actor el palacio de Don José María. En primer término, de frente al público, una de sus ventanas, con reja. En una de las casas de la derecha un retablo con un farolillo.

Es una noche clara.

—

El Sereno, un viejecito que no puede con los calzones, escucha, apoyado en su chuzo, la música que suena dentro del palacio. Sale Juan de éste y traba conversación con él.

Música

SER. ¡Güena fiesta en honó de los forasteros! ¿Eh, Juaniyo?

JUAN En la edá que tengo, nunca he visto coza tan lucía.

SER. Doña Mensía es muy afisioná á estos bailes de trajes. Casi tos los carnavales da uno. Pero como este no; como este no. Este dejará memoria en Pretí de las Brujas.

JUAN ¡Pué que zí que la deje!

Oyese hacia la derecha algarabía de máscaras escandalosas.

SER. ¡Adiós! La Pirala y toa su familia. Me van á buscá una pendensia.

JUAN ¿Quién es la Pirala?

SER. Una mujé que está medio loca, y que tiene una familia loca der to. Y han tomao la costumbre de salí por los carnavales á escandalisá durante la noche y á meterse con to er que ven. Pero prinsiparmente con los serenos. Y como yo no quieo cuestiones... Quéate con Dios, Juaniyo.

JUAN Vaya usté con Dios. Yo tampoco tengo humó de máscaras. Se va por el primer término de la izquierda.

SER. Encaminándose hacia la derecha, por donde se aleja, arrastrando los piés. Esta pierna... esta pierna me va á enterrá á mí. ¡Ay, qué arrastrá pierna!

Por la derecha del foro salen con gran ruido los Piralas, ó sean seis personas que forman una familia ilustre. A saber: la Pirala, dos hermanas suyas, dos hermanos y el padre de todos. Vienen grotescamente enmascarados, cantando, saltando, chillando, riéndose y dándose empujones.

PIR. ¡La Pirala disen que es mala
porque no se caya su boca;
la Pirala disen que es loca!...
¡Qué dijusto pa la Pirala!

Rompe á bailar, jaleada por su distinguida familia, la cual acompaña la música tocando algunos instrumentos extraños, como v. gr., un perol, un chocolatero, una sarten, etc , etc.

—

FAM. ¡Ole salero,
venga de ahí!
¡Lo que nos vamos
á divertí!

—

PIR. ¡Ay, mamita, mamita,
cómprame un sombrero!
¡Como no me lo compres
me pondré un plumero!

—

Joseliyo, sujeta esa gayina,
que si entra en la cosina

huyendo der minino,
se va á comé er tosino
que tengo guardaíto pa mamá;
Manoliyo, te arvierto que no fumo,
que me hase daño el humo,
y er médico presume
que er visio me consume
y me ha dicho que beba nada má.

—

FAM. ¡Ay, mamita, mamita,
cómprale un sombrero!
¡Como no se lo compres
se pondrá un plumero!

—

PIR. Dame arroz con leche
con mucha canela;
saca en un platito
luego pa la abuela.
Yo quiero un bizcocho,
yo quiero una torta...
Tus piernas son largas,
la sábana es corta...

—

Tunantón, en la esquina te espero,
tunantón, tunantón.
Tunantón, si no yevas dinero,
tú verás donde va mi mantón.

—

TODOS Mientras la Pirala baila de nuevo.
¡La Pirala disen que es mala
porque no se caya su boca;
la Pirala disen que es loca!...
¡Qué dijusto pa la Pirala!

—

Terminan con risas escandalosas, y se van corriendo por la izquierda del foro, con algazara de mil diablos.

¡Ole salero,
venga de ahí!

¡Lo que nos vamos
á divertí!

—

Cesa la música.

Sale Calasparra por el primer término de la derecha. Es un cómico que está mas loco que todos los Piralas juntos. Viene vestido como Don Juan Tenorio en la Hostería, y declamando á voces.

CAL. *¡Cual gritan esos malditos!*
¡Pero mal rayo me parta
si en concluyendo la carta
no pagan caros sus gritos!
¡Estoy gozando esta noche como nunca en mi vida!

Vuelve Juan por donde se fué y se fija con extrañeza en Calasparra.

JUAN (¡Hombre! ¡Vaya una máscara bien puesta! ¿Será del baile?)

CAL. Encarándose con Juan, en fuerza de sentir el traje que lleva.
Buen talante. Bien venido,
caballero.

JUAN Siguiéndole el humor.
Bien hallado,
señor mío.

CAL. *Sin cuidado*
hablad.

JUAN *Jamás lo he tenido.*

CAL. *Decid, pues, á qué venís*
á esta hora y con tal afán...
Reconociendo á Juan de improviso.
¡Pero, diablo! ¡Si tú eres Calderilla!

JUAN Tapándole la boca. ¿Quieres callarte, máscara?

CAL. ¿No eres Calderilla?

JUAN ¡Que te calles, te digo!

CAL. Pero ¿por qué?

JUAN *Porque me siento capaz*
de arrancarte el antifaz,
con el alma que tuvieres.

CAL. No es preciso. Me lo quito yo de muy buen grado. Lo hace.

JUAN Reconociéndolo con gran alegría. ¡Calasparra!

CAL. ¡Juanillo! Se abrazan. ¡Qué encuentro más inesperado!

JUAN ¡Aprieta cuanto gustes, pero no me llames por mi apellido!

CAL. Bien está. Y dime ahora: ¿qué haces aquí vestido de villano?

JUAN ¿Y tú, vestido de Tenorio? ¡Cosa más sorprendente!

CAL. Chico, una humorada. He llegado esta tarde á este pueblo con mi compañía; vengo á dar unas cuantas funciones; me he hallado en pleno carnaval, y en este ambiente legendario que caracteriza á Pretil de las Brujas, he creído que nada hacía más acertado y oportuno que echarme á la calle de esta guisa diciendo versos clásicos. A pesar del carnaval y del ambiente, me han tomado por loco. Pero, como ves, no soy más que aquel pobre cómico romántico que alguna vez compartió contigo todo lo que querían tirarnos á la escena.

JUAN Pues en este instante eres algo más que eso, querido Calasparra: eres mucho más.

CAL. A ver: ¿qué soy?

JUAN ¡Qué sé yo! Un emisario de los cielos; una viva prueba de mi loca suerte en este mundo. ¡La que voy á armar contigo y con tu compañía! Porque tú comprenderás, Calasparra amigo, que á Pretil de las Brujas no me ha traído en traje de patán ninguna combinación de bolsa.

CAL. Ya me figuro que andarán en ello unos ojos negros ó unos ojos azules.

JUAN Esta vez son negros. ¡Y qué ojos! Tristes y alegres á la par. Son dos penas heridas por el sol.

CAL. ¿Eso es del repertorio?

JUAN No; eso es mío. Y me han mirado... como te miraron á tí los de tu mujer.

CAL. *Don Juan, ¿qué es lo que decís?*

JUAN *Don Luis, lo que oído habeis.*

CAL. *¡Ved, Don Juan, lo que emprendeis!*

JUAN *¡Lo que he de lograr, Don Luis!*

CAL. Pero ¿de veras piensas en casarte, animal?

JUAN Sí.

CAL. ¿Tú, el bohemio, el perdido, el que nunca

reconoció rey ni Roque; el que tan pronto era cómico, como pintor, como poeta; el volandero, el inconstante, el imprevisto Calderilla?...

JUAN ¡Calla ó te ahogo!

CAL. Pero ¿me quieres decir por qué?

JUAN Porque aquí yo no soy ni quiero ser más que Juan, el jardinero de este palacio. En este palacio, donde se da ahora mismo un baile de trajes, está mi Dulcinea. En él se hospedan también dos lejanos parientes míos, que por ella vienen. Por ella y por su herencia fabulosa. Yo he podido presentarme como ellos, ya que mi apellido me da derecho á la pretensión; pero me ha parecido más digno de mí venir oscuramente para ganar primero y por mí mismo el corazón de la muchacha. Su corazón ya es mío. Esta noche, mis dos rivales, van á hablar con ella en esa ventana, por acuerdo de la familia, que á todo trance quiere casarla con uno de los dos. Yo estoy resuelto á amargarles la cita. Es afán de aventuras. ¿Cuento contigo?

CAL. Para todo.

JUAN ¿Y con tu compañía?

CAL. Para todo también. Es gente capaz de prenderle fuego á Pretil de las Brujas.

JUAN ¿Dónde vives?

CAL. Señalando hacia la derecha. En aquella casa del farolito verde estoy con la mayor parte de mi tropa.

JUAN ¿Podrás facilitarme un disfraz gallardo?

CAL. ¡Gallardo y calavera! De la época que mejor te cuadre.

JUAN Pues vamos á tu casa.

CAL. Y al fin del mundo.

JUAN Va á parecer que anda el diablo suelto por estas callejuelas.

CAL. *Mas por allí un bulto negro*
se aproxima, y á mi ver...

JUAN No; no es Brígida. Es el sereno de la calle. Vente más que de prisa, que empieza á salir la gente del baile.

CAL. *Parece un juego ilusorio...*

JUAN Empujándolo. ¿Quieres callarte, charlatán?
Se van por el primer término de la derecha.

Música

Del palacio principian á salir, en efecto, formando animados y pintorescos grupos, los asistentes al baile de trajes. Entre estos los hay de diversas nacionalidades y épocas. Se dispersan en muy distintas direcciones.

GRUPO DE VIEJOS Y VIEJAS

UNOS ¡Qué fiesta más brillante!
¡Qué lujo y esplendor!
OTROS Estos señores tienen
buen gusto y distinción.

—

UN PAPÁ CON TRES NIÑAS

PAPÁ Lo que es como el año próximo
la fiesta se vuelva á dar,
ó venís con la tía Cándida
ó alquilais otro papá.
NIÑAS ¡Ay qué genio más ridículo
vas echando con la edad!

—

VARIOS MUCHACHOS

TODOS Pimpinela es graciosa,
Pimpinela es canela,
Pimpinela es garbosa,
Pimpinela es preciosa...
¡Quién pudiera robar á Pimpinela!

—

VARIAS MUCHACHAS

TODAS El viejo gusta mucho
por lo galante,
y el joven interesa
por lo tunante.

—

DOS MAMÁS QUE LAS SIGUEN

LAS DOS — Después de tanto hablá,
ni la niña ni los novios valen na.
Pero na; pero na.

—

UNOS PAPÁS CON UN PAJE QUE ES UNA MOCITA DE QUINCE AÑOS

PAPÁ — Hemos sido la irrisión:
te lo dije, Encarnación:
y me da mucho coraje
que no atiendas la razón:
Asunción con ese traje
moverá murmuración,
pues para ir así de paje
tiene muchas pantorrillas Asunción.

—

UN POLLO, PRETENDIENTE DEL PAJE

POLLO — ¡Ay, qué paje, Dios santo!
¡Qué bonita que va!
Esta noche con ella
yo quisiera soñar.

—

UN MATRIMONIO Y UN AMIGO

ELLA — ¿Verdad que mi marido
está muy bien de Otelo?
EL — A tu elección ha sido:
yo no tengo opinión.
Si á tí te da la gana
soy príncipe del Congo.
AMIGO — ¡Adiós, y hasta mañana!
ELLA — Al amigo.
(En cuanto él salga pongo
la toalla en el balcón.)

—

VARIOS Y VARIAS

ELLOS — Ha sido una fiesta magnífica.
ELLAS — Ha sido una fiesta cabal.

ELLOS Ha sido una fiesta fantástica.
ELLAS Ha sido una fiesta ideal.

—

Continúa la música.

Vuelve por el foro el Sereno.

SER. Ya parese que se va quedando esto tranquilito. Grasias á Dios. En noches así no hase uno más que comprometerse. Oyese lejos una sonora campanada de un reloj de torre. Una. Presta atención á ver si se oye otra. Na más que una. Lo mismo puén sé las dose y media, que la una, que la una y media. Consulta su reloj. Y mi reló no tiene más que minutero... Cantaremos la una... y así no me equivoco mucho. La canta, en efecto, con tan poca voz que igual sería que cantara las cuatro. ¡Ave María Purísima... la una... creo que ha dao... y sereno! Ganas de cantá; porque esta noche á estas horas to er mundo está despierto... La repetiré en la otra esquina. Estornudando. ¡Ah... chis! ¡Ah... chis! Ya lo piyé. Se va por el primer término de la izquierda. Queda la escena sola.

Abrese la ventana del palacio que da frente al público, y tras ella aparece Pimpinela, vestida de maja. Mira hacia un lado y otro de la calle, suspira, y se dispone á esperar resignada.

PIM. De zueño y de canzancio estoy rendía
y tengo que está en vela.
A gusto lo estaría
la pobre Pimpinela,
y aquí le diera er día,
zi en vé de los que aguarda entristecía
vinieze er que la encanta y la conzuela...

Sigue la música unos momentos más y luego cesa.

Sale del palacio Don Gastón, de chambergo, capa y tizona.

D. GAS. Ha dado la una en la cercana iglesia. A buen seguro que Pimpinela está ya aguardándome. Suspira Pimpinela. ¿No lo dije? Me encanta esta cita y esta noche. En Pretil de las Brujas los hechos más vulgares se truecan en poéticos y misteriosos. ¡Ay! ¿Me preferirá Pimpinela á Pascualito? Ahora mismo lo voy á saber.

Se atusa los bigotes, acaricia la pluma del chambergo y se arregla la capa dispuesto á todo. En esta faena lo sorprende la salida de Calasparra, vestido tal como lo hemos visto, por el primer término de la derecha. Con paso vivo y gran decisión se acerca á la ventana. Don Gaston retrocede unos pasos, no dándole crédito á lo que ve. (¿Eh? ¿Quién va? ¿Qué máscara es esta? ¡Corcho!)

CAL. Con Pimpinela aparte. Buenas noches.

PIM. Un poco perpleja. Buenas noches.

CAL. ¿Es usted Pimpinela?

PIM. Zí.

CAL. Dandole una carta. Tome usted: de Juan.

PIM. ¡Vinge!

CAL. Léala en seguida, y donde nadie pueda verla.

PIM. A mi cuarto voy ahora mismito. Retírase.

D. GAS. (¿Hablan? ¡Lance más singular!)

CAL. Sin apartarse de la reja. (¡Sí que es preciosa la muchacha! Y ese del chambergo que está ahí debe de ser uno de los galanes. Como no ve que ella se ha marchado, le voy á soltar el primer refresco.) Lleno de pasión, le espeta á la ventana todo lo que sigue. Don Gastón tiembla y no quiere creer lo que oye.

¿Por qué tiempo perder?... La jaca torda,
la que cual dices tú los campos borda,
la que tanto te agrada
por su obediencia y brío,
para tí está, mi dueño, enjaezada;
para Curra el overo.
Para mí el alazán gallardo y fiero...
Y para Don Gastón y el otro tipo,
un garrotazo que les quite el hipo.

D. GAS. (¡Corcho!)

CAL. *¡Oh, loco estoy de amor y de alegría!...*
En San Juan de Alfarache preparado...
Etcétera, etcétera. Quedamos en eso y no te digo más, amor mío. Animo y hasta luego. Se da tres besos en la mano, que estremecen á Don Gastón. Deja la ventana, y se encamina como una bala hacia la derecha. Don Gastón, casi maquinalmente, se atreve á llamarlo.

D. GAS. ¡Oiga usted!

CAL. Volviéndose airado. ¿Es á mí?

D. GAS. Sí... señor: á usted.

CAL. ¿Qué se ofrece?

D. GAS. Ante todo, quítese usted la careta.

CAL. ¡Quítesela usted!

D. GAS. Yo no llevo careta.

CAL. ¡Pues lo parece! Descubriéndose el rostro. ¿Qué más?

D. GAS. Con el resuello cortado. No... nada... nada: no lo había conocido á usted con la careta.

CAL. ¿Y sin ella?

D. GAS. Sin ella tampoco... pero... vamos... con la careta ni soñarlo á usted.

CAL. Bueno, pues usted dirá qué me quiere.

D. GAS. Nada... nada .. Es que me he extraviado por estas calles... y no acierto á volver á mi casa... ¿Sabe usted si está por aquí el *Callejón del Mendrugo?*

CAL. Lo ignoro en suma. El que está muy cerca es el de *Sal si puedes.* Y la que no está lejos es la calle de *Reza antes de entrar.* Y adiós, Don Gastón Calderilla, que yo sí lo he conocido á usted. Llévele el diablo. Le vuelve la espalda y se va de estampía por donde apareció.

D. GAS. Después de querer tragar saliva y no tragarla, porque ya no le queda. ¡Muy misterioso es este pueblo!... ¡muy poético!... Yo no he comido nunca papel secante; pero si alguna vez lo como, me va á saber la boca lo mismo que ahora. ¡Es mucha desgracia! Desde que le juré á mi hermano que no mentiría, no me ocurre una sola cosa que parezca verdad.

Quédase pensativo. Pascualito sale del palacio, vestido de majo rico de principios del siglo X X. Trae capa. Se llega naturalmente á Don Gastón y le pone una mano en un hombro. Don Gastón se asusta y Pascualito se asusta más aún.

D. GAS. ¡Eh!...

PAS. ¡Eh!... ¡Que me ha asustao usté, amigo!

D. GAS. ¡Y usted á mí, caramba!

PAS. ¿Sabe usté que tiene usté una cara como de no haberse afeitao en tres días? ¿Qué le susede á usté? ¿Es que le han largao ya las calabasas?

D. Gas. No, señor. No tengo ganas de reirme. ¡Y mire usted que verlo á usted con esos arreos y no soltar el trapo, ya es difícil de veras!

Pas. Compadre, no pague usté conmigo su mal humó. ¿Qué jinojo pasa?

D. Gas. Pasa que usted y yo no hemos hablado con Pimpinela todavía; pasa que á la una en punto bajó ella á la ventana; pasa que por esa callejuela oscura salió un caballero vestido á lo Tenorio, y le dió tres besos no sé dónde, pero que sonaron lo mismo que cohetes...

Pas. ¡Me deja usté con las patas corgando! Nos están ocurriendo aquí unas cosas, Don Gastón, que me van cormando á mí las medías. Esta mañana, en er cajón de la mesa e noche, otro anonimito.

D. Gas. ¡Anda con Dios! Pues oiga usted: á mí me han echado en la cama polvos de pica-pica.

Pas. ¿Y la tontá de reyenarnos tos los días las botas con serrín, no tiene ya *arate?*

D. Gas. Se pasa uno de bien educado, Pascualito.

Pas. No es pa mí cararte ni pa mis purgas na de esto. Y lo que le pío á Dios con toa mi arma es que no se sigan hasiendo las cosas así, como por milagro y encantamento, sino que me ponga ya delante e las narises á quien tenga la curpa de to.

D. Gas. ¡Eso, eso! ¡Un hombre con quien verse la cara!

Pas. ¡Un hombre!

D. Gas. ¡Un hombre!

Como al conjuro de estas palabras, aparece Juan por la derecha del foro. Viene también vestido de Tenorio, aunque con traje y capa distintos de los de su amigo. Trae antifaz. Se encamina á la ventana de Pimpinela. Al pasar ante los dos galanes los mira con descaro, y sigue. Ellos se apartan asombrados.

Pas. A Don Gastón. Oi... oi... oiga usté: ¿es este er de antes?

D. Gas. A Pascualito. No... no, señor, que es otro.

Pas. ¿Otro?

D. Gas. Otro, otro.

Pas. ¡Otro!

Juan toca las palmas.

D. Gas. ¿Querrá café?
Pas. Que... que no estoy pa bromas, Don Gastón.
D. Gas. Ni yo tampoco. Es que se me ha salido esa tontería.

Pimpinela asoma á la ventana.

Música

Juan Dios te guarde, lucero.
Pim. ¡Ay, cómo vienes!
Juan Mira tú si te quiero.
Pim. ¡Qué cozas tienes!

—

D. Gas. La que habla es Pimpinela.
Pas. No cabe duda.
D. Gas. El alma se me hiela.
Pas. Y er cuerpo suda.

—

Juan Aguárdate un poquito.
Pim. Zí que me aguardo.
D. Gas. ¿Qué hacemos, Pascualito?
Pas. ¡Poné un petardo!

—

Apártase Juan de la reja y se dirige á los pretendientes.

Juan Caballeros, si sois dos caballeros,
como dice sin duda vuestro talle,
por mi amor una súplica he de haceros:
que libre y sola me dejeis la calle.

—

D. Gas. (¡Vaya una salida!
Pas. ¡Buena pretensión!
Los dos Es comprometida
nuestra situación.)

—

Juan Si no atendeis mi súplica sincera
y me dais por respuesta la callada,

me atendereis tal vez de otra manera:
porque además de lengua tengo espada.
Vuélvese á la reja.

—

PAS. Pero ¿y yo he de aguantarme?
D. GAS. Pero ¿en qué mundo estamos?
PAS. ¿Quiere usté peyizcarme
para vé si soñamos?

—

PIM. Me tienes derretía,
me tienes embobá,
me tienes aturdía,
me tienes farciná,
me tienes embebía,
me tienes arzorbía,
contigo yo me iría
hasta la fin der mundo zin pará.

—

JUAN Noche de verano,
mariposa loca,
deja que en tu mano
ponga yo mi boca.
Le da un beso en la mano.

—

D. GAS. ¡Corcho!
PAS. ¡Cuerno!
D. GAS. ¡Corcho!
PAS. ¡Cuerno!
D. GAS. ¡Corcho!
PAS. ¡Cuerno!
¡Esto ya no lo debemos tolerá!
D. GAS. ¡Yo me voy á la ventana y suelto un terno!
PAS. ¡Yo le doy á ese Tenorio una guantá!
Se detienen el uno al otro, disputándose la primera bofetada al galán.

—

JUAN Retírate en seguida
de la ventana.
PIM. Adiós, luz de miz ojos.
Hasta mañana. **Vase.**

JUAN — Por aquí yo me escurro
bonitamente.
Van á pasar la noche
diente con diente.

Se marcha con sigilo por el primer término de la izquierda.

—

PAS. — ¡Déjeme usté á mí!
D. GAS. — ¡Primero soy yo!
PAS. — ¡Vamos! ¡quieto aquí!
D. GAS. — ¡Eso sí que no!
PAS. — ¡Quite usté de ahí!
D. GAS. — ¡Vaya! ¡se acabó!
PAS. — ¡Déjeme usté á mí!
D. GAS. — ¡Primero soy yo!

—

Cesa la música.

PAS. — Don Gaston, es un favó que yo le pío: déjeme usté á mí sé er primero, por su salú.

D. GAS. — Bien está: vaya usted. Para todo hay espacio.

PAS. — ¡Ya lo creo que voy! Se tercia la capa y se encamina á la ventana más muerto que vivo. Don Gaston se recata. Al encontrarse el sitio solo, se asombra primero y respira tranquilo después. (¿Qué es esto? ¿Nadie? ¡Se ha ido! No pué sé más sino que se ha ido. ¡Ay!...)

D. GAS. — (Parece que tiemblo, pero no tiemblo: es la oscilación de esa luz.)

PAS. — (Pues ahora es cuando yo me luzco.) Como si estuviera ante su rival Con permiso de la dama, buen moso.

D. GAS. — ¡Ay!...

PAS. — Le voy á contestá á usté á las bravatas de hase un momento. El hombre que haya de asustá á Pascualito Carderiya está toavía hasiéndole yevá cuentas á su mamá. Asomándose un instante á hablar con su amigo. Don Gaston, no se mueva usté, que me basto yo solo.

D. GAS. — Pierda usted cuidado, Pascualito.

PAS. — Volviendo a la ventana y creciéndose en vista de que

el rival no dice ni pío. ¡Y ni usté, ni su padre de usté, ni su abuelo de usté, ni toa su parentela de usté me sirven á mí más que pa sacarles briyo á las punteras e mis botas!

D. Gas. (¡Qué callado está el otro!) Se acerca cautelosamente á ver la escena, y se halla á Pascualito solo, hecho un energúmeno.

Pas. ¡Con que ya pué usté doblá la esquina y apretá er paso, si no quié usté que esta niña bonita vea un cuadro e sangre delante e sus ojos! ¡Largo ya! ¡Pues, hombre! ¡Cucarachas á mí!... Da media vuelta y se encuentra con Don Gaston.

D. Gas. ¿Está usted ensayando?

Pas. ¿Eh? Pero, señó, ¿no le dije á usté que no se moviera de su sitio?

D. Gas. ¿Para hacerme creer que espantaba usted al tenorio?

Pas. ¡Valiente tenorio! Er tenorio se ha ido á to corré apenas me ha visto á mí la cara.

D. Gas. Ah, ¿se ha ido?

Pas. Jactanciosamente. ¡Claro que se ha ido! Estaba aquí y no está, luego se ha ido.

D. Gas. En efecto: se ha ido.

Pas. ¡Se ha ido!

Juan ha salido momentos antes por la izquierda del foro, y ha avanzado hacia ellos hasta ponérseles inmediatamente detrás.

Juan No: no me he ido.

El respingo que dan los galanes es indescriptible.

Pas. ¿Eh?

D. Gas. ¿Eh?

Escuchan temblando las palabras misteriosas de Juan.

Juan ¡No me he ido! Estaré entre vosotros mientras permanezcais neciamente en Pretil de las Brujas. Pero será en vano que lucheis conmigo: vosotros teneis vestidura carnal, humana y deleznable: yo no. Yo soy el espíritu aventurero, atrevido, inmortal, de Juan Calderilla, que viene aquí á estorbar que triunfe la codiciosa intención que á este pueblo os trajo. Se quita el antifaz. ¡Majaderos! ¿No veis en mí al mozo que os dió en Cuevas del Río los anónimos que os quitaron el

sueño aquella noche? ¡Imbéciles! ¿No reconoceis en mi persona al jardinero de este palacio? ¡Oh! Me he de presentar ante vosotros tantas veces y en formas tan distintas, que os haré perder el poco juicio que teneis. ¡Abur, mamarrachos! Vase por la derecha del foro, como alma que lleva el diablo.

Don Gaston y Pascualito se quedan mirándose atónitos largo rato. Una ó dos veces intentan hablar y no suenan. Al cabo Don Gastón logra romper el cómico silencio, bien que con una voz que no parece suya.

D. Gas. Pascualito.

Pas. Don Gaston.

D. Gas. Ese espíritu... ó ese diablo suelto...

Pas. Aterrado ¡No lo insurte usté!

D. Gas. Bueno, bueno... Ese caballero cumplidísimo, tiene una lengua muy pelada...

Pas. Don Gaston, á mí se me ha cortao er café con leche.

D. Gas. ¿Cómo el café con leche?

Pas. Lo úrtimo que he tomao. En cuanto me hablan de espíritus, y de aparesidos, y de fantasmas, se acabó Pascualito. Me apago lo mismo que una vela.

D. Gas. Igual que yo. Las cosas de tejas arriba, para los gatos.

Pas. ¿Y se ha fijao usté en la cara del hombre ese?

D. Gas. ¡Sí, señor! ¿Si se estará divirtiendo con nosotros y será un granuja de más de la marca?

Pas. Gritando descompuesto. ¡Que no lo insurte usté!

Eco Hacia la derecha. ¡Usté!...

Pas. ¿Cómo?

D. Gas. ¿Usted ha oído?

Pas. Parese que hay eco.

D. Gas. Sí, sí: debe de haber eco.

Pas. A este creo que le yaman er *Cayejón del Eco.*

D. Gas. Ahí tiene usted una cosa que también me hace á mí malas tripitas.

Pas. ¡Hombre, por Dios! Es usté un chiquiyo. Verá usté, verá usté. Gritando. ¡Eco!

Eco ¡Eco!... Un poco más lejos. ¡Eco!...

D. GAS. Dos... dos veces. Es maravilloso.

PAS. ¡Ca, hombre! Yo conozco un eco que da siete gorpes.

D. GAS. Será una codorniz.

PAS. Volviendo á gritar. ¡Pimpinela!

ECO ¡Pimpinela!... ¡Pimpinela!...

PAS. Es muy bonito.

D. GAS. Es extraño: es curioso.

PAS. ¡Pretil!

ECO ¡Pretil!... ¡Pretil!...

D. GAS. Deje usted, Pascualito: voy á probar yo.

PAS. ¿Le ha perdío usté er mieo?

D. GAS. ¡Gastón!

ECO ¡Melón!... ¡Melón!...

D. GAS. ¡Corcho! ¿Me ha llamado melón?

PAS. Con toas sus letras.

D. GAS. ¡Pascual!

ECO ¡Animal!... ¡Animal!...

D. GAS. Con todas sus letras.

PAS. Esto es *chunga* de argún vesinito.

D. GAS. ¡A cualquier hora cree Sebastián que el eco me ha insultado!

PAS. Yéndose á la boca de la callejuela. ¡A vé si le vi á desí arguna cosa á la mamá del eco!

ECO ¡Eco!... ¡Eco!...

D. GAS. ¡Demonches! ¿Qué gente es esa que viene hacia aquí?

PAS. ¿De dónde han salío?

D. GAS. ¡Es un tropel de locos! ¡En el nombre del Padre!

PAS. ¿Vamos á acostarnos, Don Gastón?

Por la callejuela del primer término de la derecha salen en tropel, capitaneados por Juan y Calasparra, hasta ocho enmascarados. Visten trajes de la misma época que ellos dos. Algunos traen hachones encendidos y otros desenvainados los aceros. Hay en su paso y en sus acciones fuego de exaltación. Juan habla como un poseído del demonio. Don Gastón y Pascualito no saben en donde meterse, llenos de espanto supersticioso.

JUAN ¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Al que no me obedezca le va la vida! ¡Ya sabeis la señal! ¡Vosotros, guardad esta calle; vosotros, guardad esta! A Calasparra. ¡Tú, sígueme adentro! ¡Quien

pretendiere estorbar nuestra acción ó llegar al palacio, cuéntese con los muertos! ¡Pimpinela será libre esta noche! ¡Escapará de entre estos muros, donde quieren venderla! ¡Cada uno á su sitio! ¡Vamos todos!

Unos se van por la derecha del foro y otros por la izquierda, y él y Calasparra se entran en el palacio y cierran la puerta tras de sí.

D. GAS. ¡Pascualito!...

PAS. ¡Don Gastón!... ¿Qué debemos hasé?

D. GAS. ¡Han cerrado la puerta!

PAS. ¡Pediremos auxilio!

D. GAS. ¡Sereno!

PAS. ¡Sereno! Mirando hacia el foro. ¿Y qué otros locos son aqueyos?

D. GAS. ¡Ave María Purísima!

PAS. ¡Er Señó nos ampare!

Por la izquierda del foro, vuelve á salir la Pirala con toda su gente, chillando más que nunca. Ella trae una bengala roja en la mano. Cantando su estribillo y saltando, dan vueltas en torno de los galanes, que ya no saben á punto fijo ni quiénes son ni dónde se encuentran.

TODOS ¡La Pirala disen que es mala
porque no se caya su boca;
la Pirala disen que es loca!...
¡Qué dijusto pa la Pirala!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La última farsa

Pintoresco exterior de una casa de campo de Don José María, en las inmediaciones de Pretil de las Brujas. A la derecha del actor la casa. A la izquierda y al foro el campo alegre.

—

Pimpinela, Doña Mencía, Don Gastón y Pascualito están de charla. Visten trajes propios de una jira campestre. La Muda, sentada á la puerta de la casa, cose.

D. GAS. ¡Hermosa finca de recreo!

D.ª MEN. Para la luna de miel; ¿verdad, Don Gastón?

D. GAS. Huyéndole Sí, señora, sí.

D.ª MEN. Digo que para la luna de miel; ¿verdad, Pascualito?

PAS. Huyéndole también. Sí; sí, señora.

PIM. Echando á correr hacia la izquierda de repente. ¡Ay, una maripoza! ¡Y blanca! ¡No ze me escapa, no! ¡Buena noticia! ¡buena noticia!

D.ª MEN. Siguiéndola. ¡Pimpinela! Pero ¿adónde vas? ¡Pimpinela!

PAS. Don Gastón.

D. GAS. Pascualito.

PAS. Usté y yo vamos á acabá como er Lentejica, que murió de un orsequio. ¡Miste que después de la nochesita der baile hasernos madrugá pa vení á una jirita e campo!

D. GAS. ¡Y qué nochecita! Yo no he dormido ni dos horas, y he soñado una de disparates, que á

estas fechas no sé ni lo que ha sido sueño ni lo que me ha ocurrido en realidad.

PAS. Lo mismito estoy yo.

D. GAS. Y lo que le aseguro á usted es que voy á morirme si no abro la válvula y le doy alguna salida á mi temperamento.

PAS. ¿Cómo?

D. GAS. Mire usted, Pascualito: yo soy tan embustero como usted.

PAS. ¡Don Gastón! ¿Me está usté hablando en plata?

D. GAS. Le estoy hablando á usted en Calderilla. Yo le juré á un hermano mío no mentir mientras aquí estuviese. Pues bien: desde entonces, todo cuanto me ocurre parece invención. ¿Y para esto vivo yo con mordaza? ¡No en mis días! ¡Se concluyó el suplicio! ¡Que me perdonen las cenizas sagradas de mi papá! ¡Vuelvo á ser quien era! Respirando á sus anchas, como quien se quita de encima un gran peso. ¡Ay!

PAS. Lo que tiene usté es más rasón que un santo. A mí también me pasa que nadie me cree ni la mitá de to lo que digo. La otra noche, cuando se habló en er casino de la solitaria, dije yo que tenía un griyo en el estómago, y se echó to er mundo á reí.

D. GAS. Lo creo.

PAS. ¡Pues es verdá!

D. GAS. ¡Y no me asombra, Pascualito! ¡Si yo he tenido un orfeón!

PAS. ¿De qué?

D. GAS. De grillos: me asomaba á la boca un tomate y se paraba la gente á oirlos cantar. (¡Ay, qué *debut* más bueno me ha caído en suerte!)

PAS. ¿No serían griyas, Don Gastón?

D. GAS. Impaciente por soltar el chorro. Oiga usted: conocí yo en Toledo á una pantalonera, hija de un sastre militar que cortaba el paño con la uña...

PAS. ¡Déjese usté de cuentos japoneses!

D. GAS. ¿Cómo japoneses? ¡No me nombre usted al Japón! Precisamente una noche en el Japón, después de un cólico de nísperos, y momen-

tos antes de caerme un rayo en la petaca, que tenía las iniciales de platino, como las puntas de los pararrayos...

PAS. Pero ¿usté se figura que le vi yo á aguantá de un gorpe to lo que tiene usté atascao en los quinse días de astinensia? ¡Vamos, hombre! ¡Quítese usté de ahí!

D. GAS. Pero, escuche usted...

PAS. ¡No me da la gana! ¡Vi á ventilarme un poco! Vase de estampía por la izquierda, refunfuñando.

D. GAS. ¡Pobre Pascualito! Creí yo que tendría más correa. O será que yo lo veo ya todo de color de rosa. Me parece como que estaba preso y he cumplido. Á Doña Mencía, que vuelve á salir por la izquierda ¡Oh, mi dulce amiga!

D.ª MEN. ¡Qué solo se ha quedado usted!

D. GAS. Es que Pascualito ha ido á ponerse tierra en la nariz, porque le ha picado una avispa.

D.ª MEN. Ya me lo ha dicho.

D. GAS. ¿Qué?

D.ª MEN. Cabalmente voy yo á buscar una telaraña para la picadura. Entrase en la casa.

D. GAS. Riéndose. ¡Corcho! ¡He coincidido con Pascualito! Bueno, á mí me ocurrió una vez en Santiago de Chile... Ah, que no hay nadie. A Pimpinela, que pasa por el foro ¡Pimpinela!

PIM. ¿Qué quié usté conmigo?

D. GAS. Llevándosela aparte. (De nada te ha servido ocultarlo: ya sé que ese corazón tiene dueño.

PIM. ¿Quién ze lo ha dicho á usté?

D. GAS. La Muda.

PIM. ¿La Muda?

D. GAS. ¡La Muda, que habla más que un loro!

PIM. ¿Que habla la Muda? ¡Infeliz!

D. GAS. No es el primer caso. Yo tuve un sobrino protestante...

PIM. Vamos, zeñó, no ze burle usté de la desgracia.) Desaparece por la derecha, después de hacerle una caricia á la Muda.

D. GAS. Contemplando á esta. ¡Inocente Muda! ¡Si supieras tú que he dicho ahora mismo que hablas más que un loro!

MUDA Levantándose sobresaltada. ¿Pero usté lo zabe, Don Gastón?

El brinco que da Don Gastón con los pelos de punta, entra también en el terreno de la fantasía.

D. GAS. ¡Corcho!

MUDA Siguiéndolo adonde su turbación quiere llevarlo y hablando por los codos. ¡Ay, por Dios! ¡No ze lo diga usté á nadie! ¡Miste que yo no tengo la curpa de na! ¡Miste que yo vine á esta caza desde mi pueblo, y la zeñora me comprometió á fingirme muda pa vigilá mejó lo que aquí pazara estos días! ¡Miste que yo me rezistí! ¡Miste que yo no zoy malina! ¡Ay, por Dios! ¡Que no ze entere Doña Mencía de que me he descubierto! ¡Miste que vi á perdé la caza! ¡Ay, qué dijusto! ¡ay, qué digusto! Atribulada y llorosa vase adentro

Don Gastón empieza á accionar sin poder articular palabra ninguna. Al fin, consigue oirse.

D. GAS. Ahora soy yo el que no tiene habla. ¡Corcho, qué tártago! ¿Es que me va á resultar verdad cuanto invente?... ¡Horrible! ¡Para ahorcarse de un árbol!... ¡No poder mentir! Horrible, horrible... Pasea agitadísimo.

Sale Don José María de la casa.

D. JOSÉ ¡Qué triunfo me espera! No sé pensar en otra cosa. Voy allá.

D. GAS. Horrible, horrible...

D. JOSÉ ¿Horrible? ¿Qué es eso de horrible?

D. GAS. Llándola otra vez. Pascualito...

D. JOSÉ ¿Pascualito?

D. GAS. Es un chiquillo... parece que le ha herido que Pimpinela me prefiera... ¿sabe usted?... y se ha ido por el campo adelante con una cara que no me gusta nada, hablando de matarse y de qué sé yo qué...

D. JOSÉ ¡No tema usted, por Dios!

D. GAS. ¡Es que lleva un revólver de seis tiros!

D. JOSÉ ¡Bah! ¡bah!

Suena dentro una detonación espantosa. A Don Gastón se le figura que Pascualito se ha suicidado efectivamente. Don José María echa á correr hacia la derecha, increpando al encargado del fuego.

D. GAS. ¡Jesús!

D. JOSÉ ¡Animal! ¡Se me ha adelantado ese hombre! Vase.

D. GAS. Dejándose caer en un banco trémulo y sin fuerzas. ¡Ay!... ¡ay!... *¡Me cargué* á Pascualito! Por mentir... *me cargué* á Pascualito. ¡Ay!... ¡ay!... Vuelve en esto Pascualito por donde se marchó.

PAS. Don Gastón, ¿qué ha sío eso?

D. GAS. Abalanzándose á él poseído de un júbilo extraño, y abrazándolo con frenesí. ¿Eh? ¡Pascualito! ¡Pascualito! ¡Ay, Pascualito! ¿Le tembló á usted el pulso, verdad?

PAS. ¿Cómo? ¿Qué pasa, Don Gastón? ¿Se ha vuerto usté loco?

D. GAS. ¡Ay!...

PAS. Pero ¿qué pasa?

D. GAS. Nada, hombre, nada... Que llevamos de amigos pocos días, pero que yo lo quiero á usted como si nos hubiéramos criado juntos.

PAS. ¡Camará, pero nunca le ha dao á usté tan fuerte!

Llegan sucesivamente, Pimpinela por la derecha, Doña Mencía del interior de la casa, y por la derecha también Don José María.

PIM. ¿Ha zonao un tiro, no es verdá?

PAS. ¡Vaya si ha sonao!

D.ª MEN. ¡Qué detonación ha sido esa?

D. JOSÉ ¡Victoria! ¡victoria! ¡He realizado la prueba de mi último invento, con un éxito absolutamente satisfactorio! ¡El cohete acuático!

PAS. ¿Hola?

D. JOSÉ Me van á levantar una estatua los labradores: ¡se acabó la sequía! En cuanto el campo necesite agua, se echa al aire una docenita de cohetes, y se riega una extensión enorme.

PAS. Y luego se puén hasé sambombas con las cañas, pa Nochebuena.

Risas generales.

Música

Sale Perejil inopinadamente por la derecha, capirote en mano, pasmando con su presencia á todos, y se dirige á ellos en actitud de súplica.

PER. ¡Perdonad!
¡Oh, señoras y señores

que en dichosa libertad
disfrutais de los olores
de este campo y de estas flores!...
¡Escuchad!

—

D. Gas.
Pas. } Cada uno para su capote.

(Este es Perejil,
y no me hace gracia
verlo por aquí.)

—

Per. Unos pobres farsantes
van rodando rodando
por el mundo buscando
un pedazo de pan;
y si os place el oirlos,
condición que es precisa,
una farsa de risa
ante todos harán.

—

Pim. A Doña Mencía.

Ay, diga usté que zí;
que toitas ezas cozas
me gustan mucho á mí.

—

D. Gas.
Pas.
D. José } ¡Que vengan sin tardar!
Lo quiere Pimpinela,
y ya no hay más que hablar.

—

D.ª Men. Yo nada he de oponer,
si es culta y es honesta
la farsa que han de hacer.

—

Per. Deseche ese temor;
la farsa es tan sencilla
que un niño es el autor.

—

Voy, pues, con vuestra licencia,
á darles el parabién,

y á hacer que á vuestra presencia
lleguen en un santiamén.

—

Da una cabriola y se va corriendo por donde salió. Rien todos y se acomodan para presenciar el espectáculo La Muda, y dos ó tres criados y criadas más, se asoman á la puerta de la casa respetuosamente, pero con curiosidad mal contenida. Allí comentan entre sí el suceso, y se aguardan á presenciar la farsa.

—

PIM. Tiene gracia er payazo.
D.a MEN. Sí que la tiene.
D. GAS. } A ver si la comedia
PAS. } nos entretiene.

—

Vuelve Perejil, tocando una guitarrilla. Le sigue el Tamborilero, con su instrumento. Al son de unos compases de paso-doble, dan un par de vueltas ante el concurso, al cabo de las cuales se detienen y se ponen juntos á un lado.

PER. La farsa de la *Risa del tío Conejo*
va á comenzar:
cuando hayais de reiros, con un redoble
se os prevendrá.

—

El Tamborilero toca un redoble y sueltan la carcajada todos. Cesa la música.
Sale el Tío Conejo, que es un mamarracho con capotón y luengas barbas. Es Juan en persona, pero no hay modo de conocerlo.

JUAN ¡Ay, qué achacoso que está
el pobre del tío Conejo!
De desmedrado y de viejo
no puede tenerse ya.
Soy la irrisión de las gentes:
no hay nadie que me resista:
tengo que mirar sin vista;
tengo que comer sin dientes.
Tan sólo la tía Pelleja
suele soportar mi trato,

y me divierte algún rato
contándome una conseja.
Si asomara por aquí
diera gusto á mi deseo.
¡Es tan buena! Mas ¿qué veo?
¿No es esta que viene ahí?
Sí por cierto; y muy aprisa.
¡Ay, por poquito se cae!
¡Seguramente me trae
alguna historia de risa!

Sale, como es natural, la Tía Pelleja, con un manto largo, gafas de ciego y un báculo. Es la Adivinadora disfrazada. Se saludan muy jovialmente.

¡Guárdete Dios, tía Pelleja!

ADIV. ¡Dios te guarde, tío Conejo!
¿A quién espera mi viejo?

JUAN ¿A quién, si no es á su vieja?

Redoble de tambor y risas del concurso.

¿Qué se dice? ¿Qué se miente?
¿Sabes algo divertido?

ADIV. Una historieta he oído
que es de lo más sorprendente.

JUAN Cuéntamela, vieja mía,
y á ver si de risa lloro.
Ya no tengo más tesoro
que estar en tu compañía.

ADIV. Pues escúchala al momento,
ya que la quieres oir.
Lo que no te sé decir
es si es historia ó es cuento.

—

Llegó á un palacio andaluz
una niña tan preciosa,
que por su cara era rosa
y lucero por su luz.
Y era esta rosa-lucero,
en Abril, clavel temprano,
jazmín fragante en verano,
violeta humilde en Enero.
A esta niña portentosa,
de su padre por la muerte,
cayóle de pronto en suerte
una herencia fabulosa.

El Viejo se ríe. Los oyentes se miran unos á otros con cierta inquietud, que crece por grados á medida que avanza el cuento.

Y por amor ó interés,
ansiosos de conquistarla,
llegaron á enamorarla
dos galanes.

Redoble de tambor.

Miento: tres.
Dos de ellos, comprometidos
á no disputarla en riña,
á las plantas de la niña
se arrodillaron unidos.
¿Y el tercero? ¡Ay, el tercero!
Ahora te vas á reir:
entró en la casa á servir
fingiéndose jardinero.

PIM. Asombrada; sin poder contenerse.

¡Vinge!

El Viejo ríe muy de veras.

ADIV. Y mientras los dos galanes
no tienen punto de calma,
y por llevarse la palma
discurren absurdos planes;
cantándo e sus amores
el jardinero fingido,
le enseña á su bien querido
el lenguaje de las flores.

El Viejo ríe á mandíbula batiente.

Esto que te cuento yo
es lo que á mí me han contado.
Y colorín colorado,
que mi cuento se acabó.

Ríen más que nunca él y ella.

—

Quédate adiós, tío Conejo.

JUAN Vete con El, tía Pelleja.
¡Lo que averigua esta vieja!

ADIV. ¡Lo que se ríe este viejo!

Desaparecen riéndose cada uno por un lado. Pascualito se levanta hecho una fiera. Movimiento general.

PAS. ¡Me caso con la Biblia!

D. José ¿Qué sucede?

Pas. ¡Que ya se me ajumó á mí er pescao! Llamando á los farsantes que al oirlo vuelven en seguida. ¡Eh! ¡eh! ¡señora! ¡Venga usté pa acá! ¡Y usté también, tío Conejo, ó como se yame! ¿Quién es usté, señora? ¿Pué saberse?

Adiv. Descubriéndose. Mírelo, señor.

Pim. ¡Ay, qué mujé más guapa!

Pas. ¡La Adivinadora!

D. Gas. ¡Claro que es la Adivinadora!

D.ª Men. ¿Qué Adivinadora?

Adiv. Ninguna, porque no lo soy. Si yo fuese adivinadora de verdad, no andaría por estos caminos buscando el pan para mi gente. En Cuevas del Río un mozo del pueblo me informó de quiénes eran estos señores y de sus propósitos, y por eso dije cuanto dije. Marchábamos esta mañana á Pretil de las Brujas, y á mitad de camino el mismo mozo nos habló de venir aquí y de representa esta farsa.

Pas. ¿Y ese mosito, no andará por aquí serca también?

Juan Descubriéndose. Sí, señor: no puede estar más cerca.

Pim. Sorprendidísima. ¡Juan!

D.ª Men. ¿Juan?

D. José ¿Juan?

Pim. Yendo de unos á otros ¡Vinge! ¡Zi es Juan! ¡Es Juan! A don Gaston. ¿Ha visto usté que es Juan? ¡Es Juan!

D. Gas. ¡Ya he visto que es Juan!

Juan Juan. Ese es mi nombre. Y mi apellido Calderilla.

D.ª Men. ¿Calderilla?

D. José ¿Calderilla? ¿Usted es Juan Calderilla?

Juan Y traigo conmigo cuantos documentos lo acreditan así.

Pas. No hasen farta, *pajolero* pariente.

D. Gas. Pascualito y yo hemos conocido ya que eres de la familia.

Pim. ¡Es más listo! ¡más listo!

D. José ¡Dame un abrazo, galopín!

Juan ¡Y ciento, Don José María!

Se abrazan y forman un animado grupo con Doña Mencía y Pimpinela.

D. GAS. Con Pascualito, aparte. (¿Usted qué dice á esto?

PAS. Que se me ha quitao de ensima la Sierra e Córdoba. Na más.

D. GAS. ¿Por qué?

PAS. ¡Porque soy casao!

D. GAS. ¿Y eso le preocupaba á usted, Pascualito?

PAS. ¡Claro!

D. GAS. ¡Qué bobada! Preocupación la mía, que... que...

PAS. ¿Qué?

D. GAS. Nada. Le iba á decir á usted que yo soy cura; pero como me está saliendo verdad todo lo que digo... ¡corcho! ¡eso era ya muy grave!)

PAS. Pimpinela, Juan: que sea enhorabuena. Nosotros somos los primeros en alegrarnos. ¿No es eso, Don Gaston?

D. GAS. Aunque envidiosos de tanta dicha, eso es.

PAS. Siempre había usté de ponerle arguna borlita á la frase.

JUAN Se agradece la nobleza, mis queridos parientes. Los abraza. Y tú, Adivinadora, toma, para que también goces con tu gente de mi alegría. Le da un billete

ADIV. Dios se lo pague. ¿Vámonos, Perejil?

PER. Vámonos; pero antes les echaremos una copla á los novios.

ADIV. Ahora mismo.

PIM. Batiendo palmas. ¡Ole! ¡ole! ¡Que zea muy bonita!

Música

Al son de la guitarrilla del payaso canta la Adivinadora, en medio de la animación y del regocijo generales.

ADIV.

Para bonita la novia,
para travieso el galán,
y para dicha la dicha
que su cariño les da.
Con el estribillo
quédate con Dios,

y de nuestras faltas
danos tu perdón.

—

TODOS Al público.

Con el estribillo,
quédate con Dios,
y de nuestras faltas
danos tu perdón.

FIN

Fuenterrabía, Julio, 1907.

CHAPÍ

Y LA SOCIEDAD DE AUTORES

Pocos días después de la muerte del insigne maestro, el Ateneo de Madrid le consagró una velada necrológica. En ella leyó Sinesio Delgado el discurso que con su autorización transcribimos aquí. A ello nos impulsa, de un lado, el deseo de dar publicidad por nuestra parte, para ejemplo de todos, á hechos que revelan la excepcional grandeza de Chapí, y que nuestro compañero describe y pinta con sincero entusiasmo y viva y elocuente palabra; y de otro lado, la eterna gratitud que como autores españoles le debemos al glorioso artista que tanto trabajó y sacrificó en su vida en bien de los demás.—S. y J. A. Q.

Señoras y señores: Lo que os voy á contar es tan importante para el arte dramático español, que debería ocupar diez tomos de abundante lectura.

Temo, pues, que la forzada concisión perjudique á la claridad y que el asunto no se entienda; pero tal grandeza tienen los hechos y tal relieve adquiere en ellos la figura del insigne autor de *Los gnomos de la Alhambra*, que ambas cosas saltan á la vista, á pesar de la extremada sencillez del relato y á través de la vulgaridad del estilo.

Corto de raíz el exordio, y empiezo:

Hace diez años justos, á principios de 1899, la propiedad dramática en España era administrada por tres

casas editoriales que cobraban, en concepto de comisión, el 25 por 100 de la recaudación del extranjero, el 15 de la de provincias y el 2 ó el 5 de la de Madrid; rendían á los autores cuentas trimestrales, anticipaban cantidades con un interés del 9, el 12 y aun el 18 por 100; compraban en las mejores condiciones posibles para ellas, naturalmente, cuantas obras se les ofrecían, y obtenían entre todas, en concepto de recaudación total de derechos de representación, la suma de ochocientas mil á novecientas mil pesetas anuales.

El servicio de materiales de orquesta, absolutamente necesario para la representación y ejecución de las obras líricas, se hacía por dos casas: la de D. Florencio Fiscowich, á quien la mayoría de los compositores había vendido en cantidades irrisorias el derecho de copia, alquiler y venta de los susodichos materiales, y la de D. Pablo Martín, con quien Chapí había formado una especie de Sociedad comanditaria. Cada uno de estos archivos costaba á las Empresas teatrales 15 pesetas diarias, amén de infinidad de gabelas y obstáculos.

Con lo cual y con la multiplicidad de catálogos, las compañías funcionaban con dificultad; el fraude de los derechos de autor era facilísimo; cuantos producían y trabajaban dependían del archivero y del editor, y los negocios teatrales se desenvolvían en malas condiciones.

Ahora... los autores dramáticos son libres, han prescindido en absoluto de todo género de intermediarios, mandan en lo suyo, administran directamente sus obras, rebajando los gastos de administración, que será gratuíta dentro de poco; disponen de la incalculable riqueza que representan los archivos musicales unidos en sus manos, y el mercado teatral se ha extendido de tal modo, que la recaudación total por derechos de representación ha llegado en 1908 á rebasar la cifra de dos millones de pesetas.

España, dando este paso de avance con la vehe-

mencia y el ímpetu propios de la raza, se ha colocado de pronto á la cabeza de las demás naciones. La misma Francia, á la cual citamos siempre como modelo, sigue aún amarrada á las cadenas del editor y del agente, y aunque se empeña en desconocernos, no tendrá más remedio que venir á estudiar nuestra organización y á aprender de nosotros.

El milagro se ha hecho, gracias á Dios en primer lugar, y en segundo, á aquel músico ilustre, gloria de su patria, que llenó con su labor admirable más de un cuarto de siglo.

El, con su amor al arte y á la libertad, que puso siempre sobre todas las cosas; con su espíritu indomable y su voluntad de acero; con su altruísmo y su generosidad sin límites, fué la piedra que sirvió de base para el soberbio edificio de la Sociedad de Autores Españoles, á prueba de vendavales y borrascas; fué, en aquella segunda aventura de los galeotes, la espada que cortó las ligaduras de los «forzados del Rey que iban á galeras» y fué el caballero andante que aguantó á pie firme y con la sonrisa en los labios la pedrea de los manumitidos.

Aunque no hubiera llegado jamás á la cima del arte supremo, merecería bien de la patria.

Allá en 1892, y creo que por iniciativa de los señores Vidal y Llimona y Boceta, representantes en España de la Sociedad francesa del *pequeño derecho*, se fundó en Madrid otra similar, por acciones, con el fin de recaudar los derechos de ejecución de piezas musicales sueltas, en cafés, salones y círculos, derechos que se perdían por falta de organización adecuada.

La nueva agrupación nombró representantes donde pudo y empezó la ingrata tarea de hacer cumplir la ley en todas partes con las fatigas que es de suponer. Cuatro años más tarde, y á propuesta de Chapí, que asistía á la junta general como accionista, se reformaron los estatutos, añadiendo casi por sorpresa un ar-

tículo, por el que se autorizaba á la Sociedad para administrar también los productos de obras teatrales completas cuando lo creyera conveniente.

Claro es que estando la mayoría de las acciones en poder de editores y archiveros, la ejecución del artículo adicional no se hubiera creído conveniente nunca; pero allí estaba la semilla que había de fructificar más tarde ó más temprano.

Fructificó temprano, por fortuna.

Pero entre tanto, como el archivo independiente de Chapí, compuesto casi exclusivamente de sus obras, era el único obstáculo que impedía á D. Florencio Fiscowich desarrollar sus planes, y como la firma del maestro era la que faltaba en su colección para disponer como señor y dueño absoluto del servicio completo de materiales de orquesta, el editor procuró primero rendir al rebelde con ofertas tentadoras y acabó por combatirle á sangre y fuego, sitiándole en toda regla.

Valientemente, con una tenacidad y una energía sin ejemplo, resistió Chapí todos los ataques, previendo que de aquella resistencia suya dependía la redención de sus compañeros, y cuando muchos de estos se coaligaron contra él, cuando los libretistas de fuste le abandonaron temerosos de los perjuicios que semejante terquedad podía acarrearles, cuando todos los teatros de Madrid se cerraron para sus obras, se hizo empresario de uno de segundo orden que agonizaba en el descrédito, y desde aquella trinchera débil lanzó las notas brillantes que vibraron como un himno de guerra en todos los escenarios de España.

El redoble marcial, enérgico y viril de *El tambor de granaderos* indicó claramente á la nube de enemigos que los muros de aquella fortaleza de granito no se derrumbarían nunca.

Así, arrullada por estos vientos de fronda y entre el torbellino de las pasiones desatadas, surgió de pronto, para intervenir en la contienda, la Sociedad de Autores Españoles. Al amparo del artículo adicional

de los estatutos de la del *pequeño derecho*, unos cuantos escritores y músicos de buena voluntad se lanzaron á administrar sus obras por sí mismos y montaron rápidamente el complicado engranaje de la poderosa máquina que funciona desde entonces sin tropiezo. Pero deudas enormes, contratos y escrituras de todas clases impedían realizar la magna idea del catálogo único, base insubstituíble de prosperidad y engrandecimiento.

Cayóse en la cuenta de que sin la posesión del archivo musical la actual generación no podría ver el magnífico remate de la obra, y empezaron las negociaciones con D. Florencio Fiscowich para obtener de él la cesión de todos sus materiales de orquesta y de los derechos de reproducción correspondientes.

Negociaciones largas, laboriosas é inútiles, que no hay por qué relatar ahora y que terminaron diciendo á Chapí los demás autores libres:

—Maestro, necesitamos que el archivo de usted pase á ser propiedad de la Sociedad para utilizarle como catapulta contra el castillo roquero que tenemos enfrente.

Y el autor de *La Tempestad*, sin vacilar ni pensarlo siquiera, como si se tratara de la cosa más natural del mundo, contestó con la sonrisita despectiva que le era peculiar:

—Hecho.

—Ya sabemos—añadieron los comisionados—que le produce á usted 10.000 duros anuales, y, sin embargo, la Sociedad, para adquirirle, no podrá dar á usted más que la mitad de la suma, y solamente durante cuatro años.

Y Chapí tornó á contestar con la misma sonrisa:

—Hecho.

Si se tiene en cuenta que la posesión de aquel archivo que con tal facilidad entregaba á sus compañeros le había costado largos años de amarguras, sinsabores y peleas terribles; si se añade que pocos meses antes D. Florencio Fiscowich le había ofrecido qui-

nientas mil pesetas en el acto ó una renta de seis mil duros anuales, no por la propiedad, sino simplemente por la autorización para servirle con el suyo, se comprenderá que para dar semejante respuesta se necesitan el cerebro y el corazón de aquel hombre.

Efectivamente, la catapulta inauguró sus formidables arremetidas, y empezó la lucha; aquella tremenda lucha de intrigas, de asechanzas, de pleitos, de causas criminales, en que intervinieron sin querer actores, empresarios y público, y en que peleaban furiosamente los menos por salvar á los más, y los más por no dejarse redimir por los menos de ninguna manera.

Tan rudos fueron los choques, que aun después de abatidas y aniquiladas las casas editoriales, cuando ya habían caído en poder de la Sociedad de Autores la administración, las obras de propiedad, los archivos... ¡todo el botín de la victoria! todavía siguieron soplando violentos huracanes sobre el nuevo edificio, como si quisieran probar su solidez y resistencia, y la revolución estalló impetuosa para socavar sus cimientos.

Todos vosotros recordareis, sin duda, los incidentes de aquella guerra sin cuartel, en que los ejércitos de la rutina desplegaron todas sus fuerzas y las pasiones ruines esgrimieron todas sus armas, y los recordareis, digo, porque hasta los últimos rincones de la nación llegó el rumor de los combates.

Chapí arrojó entonces á las profundidades del olvido maravillosas partituras que el público destrozaba con feroz delectación, ofuscado y frenético, y sin protestar de la injusticia continuaba impávido su trabajo incesante, devorando las amarguras y animando á los pusilánimes con el ejemplo.

Con la batuta en alto, cumpliendo sin dudas ni vacilaciones la misión impuesta, atraveso entre los alaridos de la muchedumbre la vorágine que sorbía los hombres y destrozaba las honras, y oyó sonar la hora del triunfo abrazando generosamente á los vencidos.

Cuando, andando los tiempos, los autores del porvenir encuentren, entre las montañas de papel pautado almacenadas en los archivos de la Sociedad, las notas del maestro, amarillentas ya sobre el pentágrama borroso, elevarán el espíritu á las regiones insondables y orarán con la cabeza descubierta.

Porque son algo más que la expresión sublime del genio creador. ¡Son la libertad!

SINESIO DELGADO.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (6.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)

Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote.*
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.)
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.
La zancadilla, entremés.
La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.
La patria chica, zarzuela en un acto, con música del maestro Chapí.
La vida que vuelve, comedia en dos actos.
A la luz de la luna, paso de comedia.
La escondida senda, comedia en dos actos.
El agua milagrosa, paso de comedia.
Las buñoleras, entremés.
Las de Caín, comedia en tres actos.
Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo, con música del maestro Chapí.
Sangre gorda, entremés.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo.*
La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal.*

PRECIO: DOS PESETAS

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.19
no.1-12